

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Serie especial

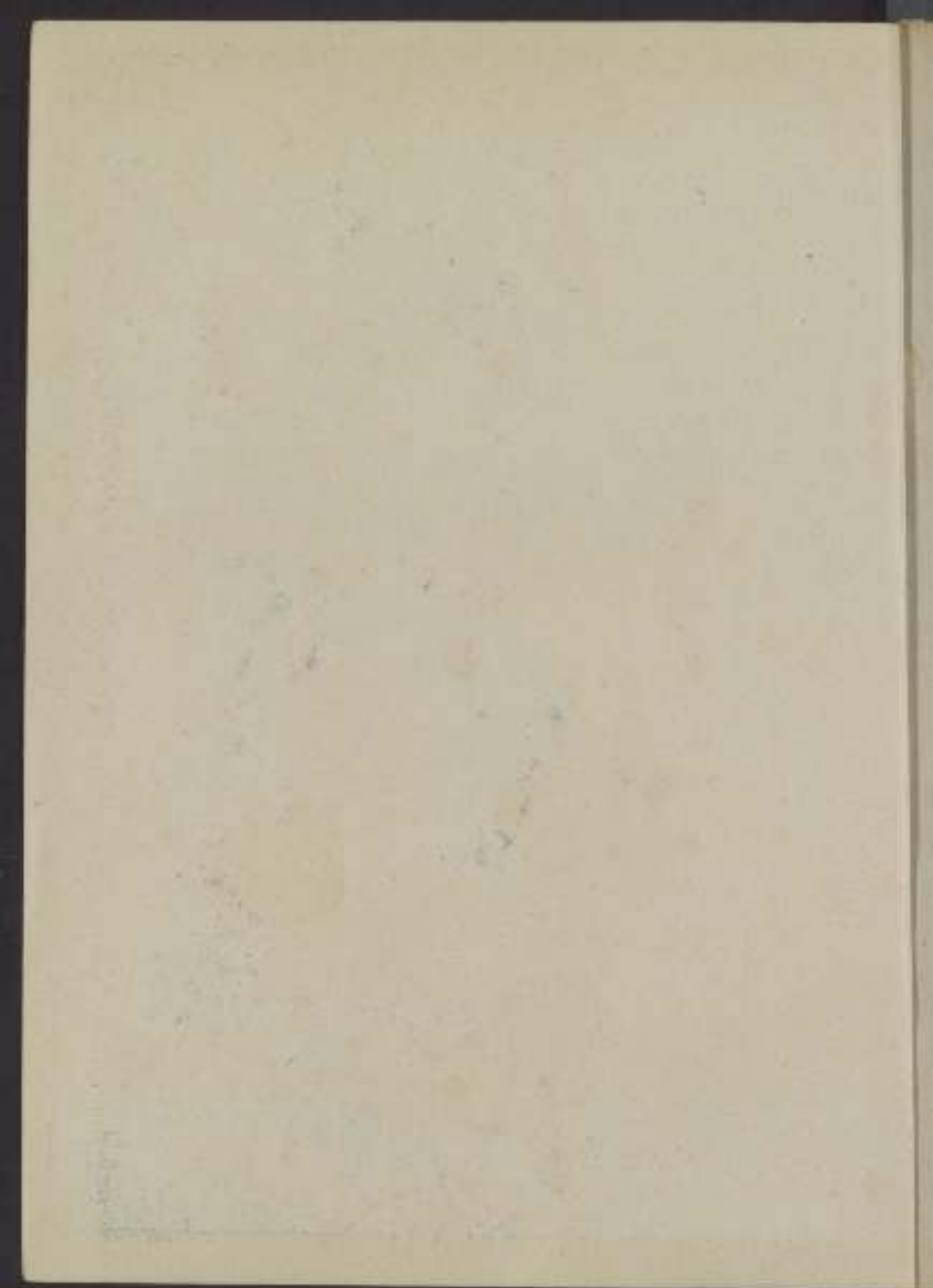
Editorial **ALFA**



IRENE DUNNE
BARBARA BEL GEDDES
OSCAR HOMOLKA
PHILIP DORN



NUNCA-la OLVIDARÉ





NUNCA LA
OLVIDARE

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 12. Teléfono 21657

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERBAGUER

Amenado 707 " BARCELONA " Teléfono 70037
Velencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Herbá, 16, Barcelona - Toranzo, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"

▼ ▼ ▼

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 389

NUM. 140

NUNCA LA OLVIDARE

Nunca la olvidaré es una película original. No hay en ella lances amorosos, ni grandes pasiones, ni aventuras.

Se trata de la descripción de la vida sencilla de una familia de trabajadores que vive en una cálida y suave atmósfera de cariños recíprocos y de inefable sosiego. La hija mayor siente una vocación literaria irreprímible. Con fina descripción de las cosas y de los ambientes se da cuenta de que su familia está compuesta por unos verdaderos héroes de novela, y su descripción es lo " que la lleva al triunfo. "

Producción RADIO PICTURES (R.K.O.)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
La Coruña
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Mamá</i>	<i>Irene Dunne</i>
<i>Katrin</i>	<i>Bárbara Bel Geddes</i>
<i>Tío Chris</i>	<i>Oscar Homolka</i>
<i>Papá</i>	<i>Philip Dorn</i>
<i>Tía Trina</i>	<i>Ellen Corby</i>
<i>Tía Jenny</i>	<i>Hope Landin</i>
<i>Tía Sigrid</i>	<i>Edith Evanson</i>
<i>Cristina</i>	<i>Peggy Mc. Intyre</i>
<i>Dagmar</i>	<i>June Hedin</i>
<i>Nels</i>	<i>Steve Brown</i>

Narración literaria por
Alfredo Rivera

NUNCA LA OLVIDARE

Ante el ventanal del ático en que habitaba, y desde el que se dominaba toda la ciudad de San Francisco, la joven novelista Katrin Hanson, escribía a máquina las últimas frases de su novela. A medida que iba tecleando, Katrin se complacía en leer lo que escribía: «...y el tendero... Otro grupo de monedas, para poner medias suelas a los zapatos de Katrin. Y mamá contaba el dinero. Al final papá preguntaba: ¿Está todo? y mamá le miraba y sonreía. Muy bien, murmuraba. No tenemos que acudir al banco». Y la novela terminaba aquí. Katrin escribió la palabra «fin» y lanzó un suspiro de satisfacción.

Nostálgica, abstraída, como si quisiera vivir de nuevo los días de su plácida infancia, Katrin se sentía transportada a la casa de Larkin Street Hill donde vivía con sus padres y sus hermanos. Ellos eran noruegos, pero se fueron a San Francisco donde residían las tres hermanas de su mamá. Los hijos nacieron todos en América: un varón, Nels, el mayor; y tres niñas, Katrin, Cristina y Dagmar.

El ambiente del hogar de los Hanson era un ambiente apacible, en el que suavemente se deslizaba la existencia de una familia modesta, ordenada, honesta y feliz. La vida transcurría

en una atmósfera de armonía perfecta. Todos se respetaban mutuamente y todos marchaban al unísono, sin querellas.

Cada noche se reunía la familia después de cenar. La señora Hanson se sentaba ante la mesa de la cocina y se disponía a contar el dinero que su esposo había ganado durante la semana y que llevaba cuidadosamente dentro de un sobre. En aquellos momentos, la señora Hanson, no sin una cierta emoción, y bajo la mirada comprensiva y cariñosa de su marido y de sus cuatro hijos, iba destinando las cantidades que correspondía pagar. Primero, el alquiler; luego, el tendero; después, los gastos más esenciales para los hijos... Los esposos Hanson no olvidaban nada. Al final, la señora exclamaba indefectiblemente: «Esta vez tampoco tendremos que acudir al Banco», como si quisiera dar a entender que disponían de una cuenta corriente.

Los hijos iban creciendo y cada día aumentaban sus necesidades. Iban todos al colegio, pues los señores Hanson consideraban indispensable una buena instrucción para ellos. Y un día precisaban de un cuaderno, otro día de un lápiz, otro de un atlas. La señora Hanson estudiaba pacientemente las posibilidades económicas de la semana, y dado el buen orden con que todo se llevaba, casi siempre las necesidades surgidas podían ser satisfechas.

Aquella noche del sábado, Nels, el hijo mayor, se atrevió a insinuar a sus padres que, habiendo terminado sus estudios elementales, quería proseguir los superiores. Lans quería tener una carrera.

—¿Estás decidido a estudiar, hijo mío?—preguntóle la señora Hanson.

—Me gustaría muchísimo, mamá. Si tú piensas que podemos... Porque eso costará un poco de dinero. Aquí lo tengo todo detallado.

Ordenado, meticuloso, como sus padres, Lans había escrito en un papel cuanto necesitaba para continuar sus estudios. Libros, matriculas...

—¿Quieres traerte al banco pequeñito, Katrin?—ordenó dulcemente la señora Hanson a su hija mayor.

Katrin salió de la cocina para volver al instante con una pequeña cajita donde la familia guardaba sus ahorros. Esta era la cosa más importante de toda la casa. ¡Cuántas cosas salían del banco pequeñito! Cada vez que debía ser atendido un gasto extraordinario, imprevisto, acudían a él. Pero nunca sobraba nada; no había modo de retirar una cantidad un poco respetable. Y la señora Hanson tenía que aguardar tiempos mejores para comprarse el abrigo que tanta ilusión le hacía.

Para sufragar los gastos que representaban los estudios superiores de Lans, no había mucho. Ultimamente habían tenido el gasto del dentista, y además compraron unos patines para Lans.

—Yo—sugirió Lans—podría trabajar en la tienda de Dillon, después de las clases.

—Yo dejaré de fumar. No necesitare comprar tabaco—propuso el padre.

—Yo podría cuidar de los niños de Maxwell, los viernes por la noche. Y Katrin podría ayudarme—insinuó Cristina.

La señora Hanson volvió a echar cuentas, y al fin respiró tranquila. Había bastante. Esta vez tampoco tendrían que acudir al Banco.

La calma y la felicidad de aquella noche fue interrumpida por la súbita llegada de la tía Trina. Trina era una de las cuatro hermanas de la señora Hanson. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, delgaducha y fea, que, como sus hermanas, iba siempre ataviada de un modo ridículo. Su aspecto era el de una solterona. Lucía un sombrerito apuntado ligeramente en la cabeza, y llevaba un pequeño boá que a ella se le antojaba una piel de calidad y de precio.

Cuando los hijos Hanson oyeron que alguien subía por la escalera, se sintieron visiblemente contrariados. Las tías nunca les habían sido simpáticas. Eran gruñonas, criticonas y nada les parecía bien.

—Si son las tías me voy al dormitorio—anunció Cristina.

—Y yo a mi estudio—dijo Katrin.

—Nada de salir corriendo—ordenó su mamá.

Pero, no. Aquella vez no eran las tres tías las que con sus conversaciones insulsas iban a alterar la paz de aquel hogar. Era sólo la tía Trina, la más dulce y buena de las tres.

—Buenas noches, tía Trina—exclamaron los cuatro.

—Buenas noches, Trina. ¡Tienes un boá de plumas!—exclamó, admirada, la señora Hanson— ¿Es nuevo? ¡Precioso!

—Es un regalo...—exclamó, orgullosa, tía Trina.

—Jenny y Sigrid, ¿no han venido contigo, Trina?

Jenny y Sigrid eran sus dos otras hermanas.

—No—respondió Trina, algo tímidamente—. No les dije que venía aquí. Necesito hablar contigo, Marta. ¿Podríamos hablar a solas? Si no te importa...

La señora Hanson ordenó a sus cuatro hijos que les dejaran solas un momentito. Los esposos se quedaron con tía Trina en la cocina.

—¿Qué sucede, Trina, qué sucede?

Tía Trina no se atrevía a exponer el objeto de su visita. Era algo muy importante para ella. Temía que su hermana y su cuñado se burlaran de su propósito. En todo caso, hablaría únicamente de ello con su hermana. La señora Hanson lo comprendió, y dejando a su esposo en la cocina, decidió salir con Trina a la puerta de la casa. Una vez allí, y casi sin atreverse a hablar claramente a su hermana, tía Trina le participó su deseo de casarse.

—¿Casarte? ¡Trina! ¡Es maravilloso!—exclamó, llena de sincera alegría, la señora Hanson— ¿Y quién es él?

—Pues... Es el señor Thorkelson.

—¿El del negocio de las Pompas Fúnebres?

—Sí. Ya sé que no es muy guapo y que hay mucha gente que no le gusta este negocio, pero...

—¿Y tú lo quieres, Trina?—le preguntó la señora Hanson, emocionada ante la visible turbación de su hermana.

—Sí.

—Entonces está bien.

Pero tía Trina quería algo más de su hermana Marta; quería que la ayudara a comunicar la noticia a sus otras dos hermanas

Jenny y Sigrid. No se atrevió a decirselo ella misma ante el temor de que se burlaran.

Marta no se manifestaba muy dispuesta a ello, pues, conociendo a sus hermanas, estaba segura de que se iban a disgustar al saber que había sido ella la primera que conocía la gran noticia. Pero Trina suplicó. Tan persuadida estaba de que Jenny y Sigrid se reírían, que anunció a Marta que si no la ayudaba se echaría al mar.

—No seas así, Trina. Jenny y Sigrid no se reirán.

No era tan sólo una suposición de Marta, sino una convicción firme. Ella tenía poderosas razones para creer que sus dos otras hermanas no se burlarían de Trina.

Pero había otro problema. Una vez lo supieran Jenny y Sigrid, era preciso comunicárselo a tío Chris. El tío Chris era un hombre que gozaba, por decirlo así, de una reputación de hombre hosco, huraño, terrible. Si sus sobrinas le temían, no hay que decir cuál era el temor que inspiraba a los hijos de Marta. Su aspecto físico era desagradable. Llevaba unos bigotes enormes, y sus cejas eran de un espesor poco común. Su voz era imponente y sus ademanes exagerados. ¿Cómo se atrevería la tía Trina a comunicar al tío Chris que se casaba? Y, no obstante, era preciso que se lo dijera.

—Es tan severo y tan fuerte... ¡y grita tanto!—constataba la pobre tía Trina—. Por otra parte, mi novio, el señor Thorkelson, es tan tímido...

—Pero Trina, si el señor Thorkelson ha de ser tu esposo, tiene que dejar de ser tímido. Tú no necesitas un esposo tímido, porque bastante lo eres tú, y no está bien que los dos esposos tengan igual carácter. ¡No! A Jenny y a Sigrid les hablaré yo, pero el señor Thorkelson debe ir a ver al tío Chris.

JENNY Y SIGRID

Mientras las dos hermanas seguían hablando en la puerta de la casa, vieron llegar presurosas a las otras dos. Tía Trina se dio cuenta de ello, y empujó a su hermana hacia adentro de la casa, como para protegerse. Marta comprendió. Una vez en el interior indicó a Trina que se refugiara en una de las habitaciones con objeto de que Sigrid y Jenny no la vieran.

Pocos minutos después Jenny y Sigrid entraban en el hogar de los Hanson, acompañadas de Arne, hijo de una de ellas. Las dos llegaron sudorosas, jadeantes, como si hubieran hecho una larga excursión o como si hubiesen corrido un buen trecho. Casi sin saludar a los Hanson, las dos preguntaron al unísono:

—¿Dónde está Trina? ¿Ha venido aquí?

Marta les respondió tranquilamente, serena como siempre:

—Sí, ha estado aquí.

—¿Y qué es lo que quería Trina?

—Pues quería hablar conmigo.

—¿Acerca de qué?—volvieron a preguntar las dos a la vez.

—De matrimonio.

—¿Cómo? ¿Trina? ¿Con quién va a casarse Trina?

—Trina se va a casar con el señor Thorkelson.

—¿Con Peter Thorkelson?

—Sí, con Peter Thorkelson. ¿Hay algo malo o de raro en ello?

—¿Peter el tímido? Si va a ser la risa de todo el mundo—exclamó Jenny, y las dos hermanas se echaron a reír estrepitosamente.

—¡Jenny!—exclamó Marta a título de reprimenda—. Trina está aquí; vendrá dentro de unos minutos. Tenéis que daros cuenta de que esto es muy serio para ella. Por lo tanto es preciso que nos os riáis.

—Yo haré lo que me parezca—respondió Jenny.

—No, no lo harás porque yo no te dejaré. Si tú te ríes de Trina yo hablaré de lo que pasó poco antes de tu boda, cuando tu esposo trató de abandonarte.

—¿Cómo es eso?—preguntó intrigada su hermana Sigrid.

—¿Quién te ha dicho una cosa semejante?—inquirió la interesada.

—Yo lo sé.

—Eso no es verdad.

—Entonces, ¿no te importa que se lo diga a Trina?

Sigrid no hacía más que reírse ante las acometidas de Marta y la confusión de Jenny.

—Jenny ya no se reirá de Trina—exclamó Marta—; pero tú, Sigrid, tampoco lo harás. Porque si piensas reírte de ella yo le contaré lo de tu noche de bodas, en que estuviste llorando sin cesar y él tuvo que traerte a casa.

—¡Ah, eso no lo sabía yo! —intervino, irónico, el señor Hanson.

—Ni hacía ninguna falta que lo supieses—repuso su esposa—. Yo no digo esas cosas por contarlas. Sólo lo hago para que nadie se burle de Trina. Y ahora, Lars, ya puedes ir a llamarla.

Lars se fué en busca de Trina, la que, visiblemente turbada, como si temiera que su presencia provocara un estallido de risas, entró en el comedor. Pero las advertencias de Marta a sus hermanas habían sido tan convincentes, que ninguna de las dos se atrevió siquiera a dibujar una sonrisa.

La entrada de Trina coincidió con la llegada del señor Hyde. El señor Hyde, actor profesional, tenía alquilada una habitación en la casa de los Hanson. Esa resolución habían tomado ellos con objeto de sentirse un poco aliviados en sus gastos. Pero tampoco esta vez tuvieron la suerte que merecían, pues el señor Hyde, con dificultades económicas, solía retrasarse en el pago del alquiler. Eran tan buenos los Hanson que nunca se atrevían a insinuarle nada, y pensaban que si en aquel momento el señor Hyde no podía atender a sus compromisos ya lo haría en cuanto pudiese. Tenían la mejor impresión de ese hombre que, por la noche, les leía en voz alta libros maravillosos: Longfellow, Dickens, Fenimore, Kipling... Aquella noche el señor Hyde se limitó a cruzar el comedor con un saludo cortés para todos los reunidos, pero no se quedó porque allí estaban las hermanas de la señora, las que, por otra parte, le resultaban muy poco simpáticas.

La conversación interrumpida se reanudó con una amonestación de Jenny a Trina:

—¿Por qué has acudido a Marta antes que a nosotras que somos mayores?

—Pues, porque creyó que Marta la comprendería mejor—intervino Lars.

Sigrid, con su habitual malicia, no pudo reprimirse de insinuar que quizás el señor Thorkelson pensaría que Trina tenía una buena dote, como es costumbre en Noruega. Pero a Trina se le antojó eso, una cosa muy natural, puesto que las otras tres hermanas habían disfrutado de ese beneficio.

—¡Ah, pero nosotras—intervino Jenny—nos casamos en Noruega! Y nuestros padres vivían. ¿De dónde iba a salir ahora tu dote?

—El tío Chris; él es el cabeza de familia.

—¿Quién va a pedirselo?—preguntó Jenny.

—Cuando el señor Thorkelson vaya a verle...—apuntó tímidamente Trina.

—¿El señor Thorkelson? El tío Chris se lo tragará—respondió Jenny.

Pero Marta seguía actuando como ángel de la guarda de tía Trina, y advirtió a sus dos hermanas que quizás el tío Chris podía contar al señor Thorkelson lo que aconteció cuando Sigrid y Jenny se casaron. Estas quisieron cambiar de conversación y preguntaron por los niños.

Lars y Marta les llamaron a todos. Uno por uno saludaron a las tías y para todos hubo palabras afectuosas. «¡Oh, qué alta está Katrin!». «Cómo engorda Nels; es casi tan fuerte como su padre». «Dagmar está un poco pálida». Dagmar era, como hemos dicho, la pequeña. Llevaba siempre en sus brazos un gatito al que ella había puesto el nombre de «Elizabeth». Estaba tan enamorada de su gato que sólo faltaba que le llevara a dormir con ella.

—¿Quisieras dormir con el gato?—preguntó tía Jenny—. Pero ¿es que no sabes que los gatos se llevan el aliento de los niños? ¿Tú no querrás despertarte una mañana y encontrarte sin respiración, verdad?

—«Elizabeth» puede quitarme todo mi aliento?

Y entre bromas y veras con el gato, terminó la visita que Jenny y Sigrid habían hecho a la familia Hanson. Las dos se dispusieron a marcharse. Tía Trina quiso permanecer allí un rato más, temerosa de que sus hermanas la avasallaran con sus preguntas relativas al proyectado matrimonio.

En cuanto las tías hubieron cruzado la puerta, mamá Hanson rogó a su hijo Nels que subiera a decir al señor Hyde que estaban ya todos dispuestos a escuchar su lectura diaria.

Aquella noche el señor Hyde les leyó «La historia de dos ciudades», de Carlos Dickens. Calmosamente, con clara dicción de buen actor de teatro, el huésped de los Hanson iba diciendo: «En la sombría prisión de la Conserjería los malditos del día aguardaban su destino. Eran tantos como semanas tiene el año. Cincuenta y dos iban a rodar aquella tarde entre la marea de la ciudad hacia el mar infinito y acogedor. Y ahora voy a hacer lo mejor que jamás pude haber hecho, lograr el mejor descanso de que jamás pude disfrutar. Fin».

Katrin, muchacha sensible y dotada de una gran vozación

literaria, se sentía sobrecogida ante las lecturas de Mr. Hyde. Era tanta la emoción que éste ponía en sus palabras que nadie podía evitar el contagio de esa corriente sentimental. Y Katrin menos que los otros. La noche en que el huésped les leyó la última parte de «Historia de dos ciudades», Katrin no pudo hacer menos que dar rienda suelta a sus sentimientos, y escribió en su diario íntimo: «¡Qué cosa más maravillosa es la literatura, y cómo puede transportarnos a las regiones más desconocidas!»...

Al día siguiente Mr. Hyde empezaba la lectura en voz alta de un nuevo libro: «El perro de Baskervilles», de Conan Doyle. La obra interesaba a todos, y de no haber sido porque se iba haciendo tarde, su lectura hubiese terminado en una sola noche.

Y así pasaban los Hanson sus veladas. Hasta la señora Hanson se interesaba en la lectura, y Nels, con eso, había dejado de salir por las noches para jugar con los chicos de la vecindad. En cuanto a Katrin, cuanto más leía el señor Hyde, más se daba cuenta de que su ambición era la de llegar a ser escritora. Una vez escribió algo acerca del señor Chris, tío de su mamá; pero la profesora del colegio le dijo que no estaba bien eso de escribir sobre un miembro de la propia familia.

EL TIO CHRIS

Ya hemos dicho quién era y cómo era el tío Chris. Una o dos veces al año, con su gran voz y sus fieros negros bigotes, dejaba su rancho en el norte y bajaba en su automóvil hasta San Francisco. Eso sucedía hacia el año 1910, de modo que el automóvil era todavía rudimentario y poco estético, y a su paso por las calles armaba un gran ruido y espantaba a las caballerías. La llegada de tío Chris era conocida por todos por el escándalo que siempre armaba. El tranquilo modo de vivir de los Hanson se alteraba durante los días o las horas en que el tío convivía con ellos. Toda la vecindad compartía esa impresión, por la razón de que el tío Chris condujese su automóvil con tanta velocidad. La razón de ese frenesí consistía en que, cojeando muchísimo, tío Chris quería tener la impresión de la libertad que por aquella dolorosa circunstancia le faltaba.

Cuando el tío Chris llegaba a la casa de los Hanson, los niños se echaban a correr, no para lanzarse en sus brazos, en señal de júbilo, sino rehuyéndole, porque le tenían miedo. En cuanto veían llegar el automóvil que avanzaba estrepitosamente entre densas nubes de polvo, se apresuraban a esconderse dentro de los ma-

torrales o de los árboles. Pero no había para tanto. Tío Chris era chillón, vocaba y gesticulaba, pero no era malo. Además, quería de verdad a sus sobrinitos. Lo primero que hacía al llegar era enterarse de si habían crecido, o habían engordado, o si seguían limpiándose los dientes, y les ofrecía naranjas.

El día que llegó tío Chris, después de muchas semanas de ausencia, la pequeña Dagmar se encontraba enferma, con un fuerte dolor en los oídos. El doctor Johnson estaba en la casa y había manifestado a la señora Hanson la conveniencia de que la niña fuese trasladada al hospital.

—Hay que operar inmediatamente.

—¿Operar? ¿No podemos esperar, al menos, hasta que mi marido venga del trabajo?

—Me temo que no—respondió el doctor.

Marta Hanson, serena y digna como siempre, indicó al doctor que la siguiera, y una vez estuvieron los dos ante la mesa del comedor, le mostró el dinero que guardaban en la cajita del pequeño Banco.

—¿Habrá bastante, doctor?

—Francamente, yo había pensado en el Hospital general...

—No, no, doctor. Pagaremos, ¿Pero habrá bastante?

Katrin, presente en la escena, intervino dulcemente y llena de esperanza:

—Si no lo hay, recurriremos al Banco. Tenemos cuenta corriente.

—No, hija, hay aquí bastante sin tener que recurrir al Banco.

Tío Chris, asomado a la puerta, anunció que si faltaba algo, pagaría él. Y dispuesto a dar toda clases de explicaciones ociosas al médico, e incluso a prodigarle consejos sobre lo que debía hacer, le dijo que en la clínica tenía también a su sobrino Arne, a quien operaron aquella misma mañana de una rodilla. Arne era el hijo de tía Sigrid.

El tío anunció también al doctor que tenía el automóvil en la puerta de la casa, y que se ocuparía de conducir a la pequeña Dagmar a la clínica.

—Y ahora—repuso—entraré a ver a la enferma.

—¡Oh, no!—exclamó la señora Hanson—. Usted la asusta.

—¿Que yo la asusto?

—Sí, tío Chris, usted asusta a todos. A todos menos a mí. Hasta las mayores, Jenny, Sigrid, Trina, se asustan de usted. Por lo tanto, Nels y yo cogemos a Dagmar, y usted nos llevará a la clínica en su automóvil. Pero no asuste a Dagmar ni se meta con el doctor.

Nels y su mamá subieron al cuarto de la niña, mientras el tío Chris se quedaba con Cristina y Katrin. Las dos le miraban con desconfianza, como si estuvieran ante un ogro. El tío Chris quería saber si en verdad él las asustaba tal como su sobrina Marta había dicho.

—¿Tenéis miedo de mí? ¿Es verdad que os asusto? Vamos, venid. Decidme la verdad.

—Un poco, tío Chris...—se atrevió a murmurar Katrin, muerta de miedo.

—Sí, tío Chris—corroboró Cristina.

—Pero, ¿por qué? ¿De qué os asustáis? Yo soy vuestro tío Chris. Eso esté mal, muy mal. A las tías, sí; veis, a éstas me gusta asustarlas.

Las dos muchachas se echaron a reír francamente.

—¿Eso os hace reír? ¿No queréis a las tías, verdad?

—No mucho, la verdad, tío Chris—exclamó Katrin—. Yo creo que la que me gusta menos es la tía Jenny. ¡Es tan dominante!

—Pues yo no puedo aguantar a tía Sigrid. Siempre lloriqueando y quejándose—afirmó Cristina.

Al tío Chris le hacía mucha gracia. ¡Sigrid, lloriqueante, Jenny dominante!

Mientras se desarrollaba esa conversación en la casa de los Hanson, las tres tías se dirigían a ella en el tranvía, y precisamente se referían al tío Chris, a quien criticaban por el hecho de haberse casado con su ama de llaves. En la primera parada que hizo el tranvía, hallaron a Peter, el novio de la tía Trina. La novia se puso muy contenta no sólo por encontrarle, sino porque pensó —y dijo— que aquella sería la ocasión para que hablara de su dote con el tío Chris, presente en aquellos mo-

mentos en San Francisco. Al señor Thorkelson no le hizo mucha gracia porque ya es sabido que era exageradamente tímido. ¡Poco podía imaginar cómo era de brusco y huraño el tío Chris!... De haberlo sabido se hubiese apeado del tranvía.

Al llegar a la calle en que vivían los Hanson, las tías advirtieron en el automóvil del tío Chris la presencia de su esposa. «¿Qué vergüenza!», exclamaron las tres. Y muy orgullosas pasaron por delante de ella, como si ante el volante del coche no hubiese nadie. La señora del tío Chris ni siquiera se molestó en mirárlas. Y las tres tías se metieron en la casa.

Allí estaba el tío Chris. Era aquella la ocasión para que el señor Thorkelson hablara de su proyectado matrimonio y de la dote.

—Tío Chris...—exclamó, tímidamente, la tía Trina.

—¿Qué paso?—contestó él con su habitual tono de voz.

Tía Trina se sintió desarmada para continuar. Fué la tía Sigrid la que intervino para hablar de su hijo Arne.

—¿Se ha llevado usted a Arne, a mi hijo, al hospital?

—Claro que sí, Sigrid; era necesario. Y ahora llevaré a Dagmar. Por lo tanto, no estorbar. Y ahora tú, Sigrid, lárgate de ahí. Eres una vieja plañidera, y aquí no estamos para lloriqueos. Y tú, Jenny, haz el favor de marcharte también. Eres una dominante y una vieja gruñona.

Y el tío Chris se dispuso a empujar a las dos sobrinas para que salieran de la habitación. Las tías Jenny y Sigrid se resistían a salir, pero el tío Chris les anunció que si antes de contar tres no se habían ido, las echaría por la ventana. Y en efecto: contó: Una, dos... No tuvo tiempo de contar hasta tres. Las tres sobrinas salieron corriendo para quedarse ante el umbral de la casa.

Pocos minutos después salieron Marta y Nels, con la niña en brazos para colocarla en el automóvil. El tío Chris, Katrin y Cristina los seguían.

La tía Trina pretendió aprovechar el momento para hablar con el tío Chris de su matrimonio, y presentarle al señor Thorkelson. Pero a pesar de sus súplicas de que le atendiera, el señor Chris no hacía ningún caso de los dos.

—Tío Chris, tío Chris...—segua diciendo ella.

Pero tío Chris seguía desatendiendo sus reiteradas súplicas, y se dirigió al automóvil. Tía Jonny, la peor de las tres, en cuanto vio que Marta subía en el coche en el que iba sentada la esposa del tío Chris, no pudo menos que decir:

—No puedes ir en ese automóvil. Ella está dentro. Esa mujer...

—Pues bien, o Dagmar o yo iremos sentadas con ella. Ya la he visto, y la creo una buena mujer—respondió Marta.

Y como era que su hijita Dagmar la reclamara, la señora Hanson subió en el coche y éste arrancó mientras las tres tías y el tímido señor Thorkelson se quedaban literalmente envueltos en polvo.

EN LA CLINICA

La señora Hanson, el tío Chris, su esposa, Nels y la enferma llegaron a la clínica. Eran las tres de la tarde.

Mientras las enfermeras conducían a Dagmar a la sala de niños, y los demás aguardaban en la sala de espera, entraron las tres flas en la clínica, seguidas del señor Thorkelson. Tía Trina, empeñada en presentar el novio a su tío, le abordó seguidamente:

—Tito Chris, tito Chris, tengo que hablar con usted.

—¡Oh, no, tengo mucho que hacer!

—Pero, tito Chris—insistió la pobre Trina—. Yo... yo quiero casarme.

—Pues cástate—respondió el tío Chris con su voz habitual, que estremeció al señor Thorkelson.

—Es que quiero casarme con el señor Thorkelson. Ahí está. Ahí le presento al señor Thorkelson.

—¿Cómo está usted, señor?—exclamó, tímidamente, el interesado.

—Ocupadísimo.

—¡Oh, por favor, tío Chris, escúchenos!—suplicaba la tía Trina.

—¿Qué hay? ¿Quieres casarte con él? Pues, bueno, cástate. Yo tengo cosas más importantes en que pensar. Pero si tanto insistes te diré que ya te doy mi permiso. ¿Cómo poder impedirte que cometas una locura, hija mía? Bien, bien, ¿y eso es todo?

—No.

—¿No? Entonces...

El señor Thorkelson se revistió de valor para decir al tío Chris que había otra cosa importante; que en Noruega —el país de tía Trina— era costumbre de dar una dote a la desposada. Todo eso el señor Thorkelson lo dijo tartamudeando, como si no se atreviera, lo que iba poniendo impaciente y nervioso al tío Chris, quien al final se desató:

—¿Tía Trina quiere dote a los cuarenta y dos años? ¿No es ya bastante que se case? ¡Ah, eso no le basta! ¡Ahora necesita dote!

Gritaba tanto el tío Chris que tuvo que salir una enfermera para imponer silencio y advertir que aquello no era una agencia de matrimonios. Dispuesto a resolver la cuestión, el tío Chris se llevó al pobre señor Thorkelson a la sala de visitas. Tía Trina, temiendo que pasara algo a su novio, quiso seguirles, pero el tío Chris le cortó el paso y le indicó el letrero que se leía en la puerta: «Reservado a los caballeros».

Una vez allí, el tío Chris acorraló —por decir así— al señor Thorkelson, quien estaba totalmente ligado a la pared.

—¿Quiénes dan esa dote?—se decía el tío Chris—. Los padres. La dan porque al ver que ya no tendrán que mantener a sus hijas, hasta les dan dinero. ¡Ah, pero yo no mantengo a mi sobrina! ¿Por qué tengo, pues, que pagar algún dinero para que se case? ¿No lo sabe usted? ¿Cree usted que yo dejaría casar a Trina con un hombre que no la quisiera sin dote?

—Yo jamás he pensado una cosa así—respondió, casi temblando, el señor Thorkelson.

—¿Qué clase de hombre piensa usted que sería ése?

—Desde luego, no sería un hombre muy decente. Yo no creo ser así.

—Pues entonces, ¿no necesita usted ninguna dote?

—Claro, naturalmente, eso es...

—¡Estupendo!

Y así terminó la conversación que al señor Thorkelson se le había antojado que terminaría muy mal.

Entretanto el doctor Johnson había operado a la pequeña, mientras Marte y su hijo se hallaban inquietos en la sala de espera, y las tres tías habían salido de la clínica.

Terminada la operación, el doctor Johnson, con el rostro iluminado por la satisfacción, anunció a la señora Hanson que todo se había desarrollado perfectamente y que la niña dormía mientras le pasaba el efecto de la anestesia.

La señora Hanson agradeció emocionada la feliz intervención del doctor, y le rogó que la dejara entrar. ¡Era tan pequeña su Dagmar!... Cómo lloraría, cuando al despertarse se encontrara tan sola. Pero el doctor Johnson no podía acceder a los ruegos de la madre. No era posible que entrara a ver a la niña. Al día siguiente podría verla.

El doctor se marchó, pero quedó la madre allí en la confianza de que la enfermera se apiadaría de ella y la dejaría entrar. Pero las instrucciones recibidas por las enfermeras eran terminantes. No se admitían visitas en las primeras veinticuatro horas de operar.

La señora Hanson no tuvo más remedio que salir de la clínica para regresar, con su hijo mayor, a su casa. Cristina, Katrin y Nels le prodigaban consuelo. Puesto que había salido bien de la operación no debía experimentar ninguna inquietud. Pero la sensibilidad de las madres es tan delicada que la señora Hanson no pensaba en otra cosa que en precipitarse al lado de su hijita. Tan abstraída estaba, tan ausente de sí misma que, como en las circunstancias más difíciles de su vida, hablaba en noruego. Instintivamente, cogió un cubo lleno de agua y unos trapos y se dispuso a fregar la casa.

—Pero, mamá, si lo fregaste ayer...—exclamó Cristina.

—Pues voy a hacerlo otra vez—respondió tristemente la señora Hanson— A veces es necesario ponerse de rodillas.

—No hagas eso, mamá—insistió Cristina—. Debes estar muy cansada.

Mientras la señora Hanson se hallaba fregando el suelo, su rostro se iluminó ante la idea, que asomó en su pensamiento, de ver, gracias a una original estratagema, a su hijita. Los hijos, que la rodeaban conmovidos, advirtieron la metamorfosis operada en el semblante de la madre.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Qué ocurre?—preguntó, inquieta, Katrin.

—He pensado una cosa, he pensado una cosa, he pensado...

Y levantándose del suelo, pero sin quitarse el delantal, la señora Hanson salió de la casa, acompañada de Katrin, que no sabía explicarse lo que había sucedido en el ánimo de su madre.

* * *

Entretanto, el tío Chris se hallaba también en el hospital, distrayendo a su sobrinito Arne, hijo de la tía Sigrid, a quien habían operado el día anterior de la rodilla. Con su voz de trueno le iba cantando:

...y así hasta las estrellas
vinieron a jugar con él.

Y luego proseguía con otra canción nórdica:

Diez mil suecos acudieron
a la batalla de Copenhague.
Diez mil suecos acudieron
a pelear con los noruegos...

Arne se quejaba de la rodilla:

—¡Oh, tío Chris, cómo me duele!... ¿Es preciso aguantar que duela tanto?

—Si quieres ponerte bueno y no acabar andando como tío Chris, tienes que aguantar, hijito. El doctor te dió una cosa para que pudieras dormir. Quizá si no pensaras tanto en el dolor, pudieras dormirte. ¿Tú no sabes decir algo que te alivie?

—No, tío Chris. ¿Es que hay algo para ello?

—Sí. Yo te enseñaré a combatir el dolor, y lo usarás cuando éste vuelva a atormentarte. Son dos palabras noruegas. Verás: cuando la herida te duela otra vez, tú dices «Dom Guett». Eso ayuda mucho. Dom Guett. Sólo eso: Dom Guett. ¿Te duele mucho la rodilla? Pues, di Dom Guett. Son unas palabras terribles.

El niño repitió las dos palabras, y le pareció que ya le dolía menos la rodilla. Y mientras iba repitiendo, como un eco, la mágica y breve frase que le enseñara su tío, el pequeño Arne se durmió.

La enfermera que estaba en la habitación arreglando unas ropas y que había presenciado la escena, no pudo menos que protestar ante el tío Chris por lo que acababa de enseñar al niño.

—¿Pero, es que no sabe usted lo que quiere decir Dom Guett? ¡Si fuera usted noruega, sabría que Dom Guett sólo significa «Catira vieja estúpida»!

La enfermera se irritó hasta lo indécible, y exclamó en francés: «¡Ah, insultarme de ese modo! Me gustaría cogerle con mis manos y echarlo por la ventana. ¡Jamás he oído cosas semejantes! ¡Voy a presentar mi dimisión inmediatamente!»

El tío Chris se moría de risa ante la indignación de la vieja enfermera. El pequeño Arne, dormido, iba repitiendo dulcemente: «Dom Guett, Dom Guett, Dom Guett».

AMOR DE MADRE

La idea feliz que tuvo la señora Hanson fué la de trasladarse a la clínica y fingirse una vez allí, como una empleada de la limpieza. Fué por esta razón que no se quitó el delantal que para fregar el suelo de su casa se había puesto.

Llegada a la clínica, con su hija mayor, se procuró un cubo, unos trapos y una escoba, y se dispuso a limpiar las salas hasta llegar al lugar donde se encontraba su hija Dagmar. Afortunadamente, aquel día estaba de guardia en la oficina una enfermera dulce y amable. De haberse tratado de la que la recibió el día que llegó a la clínica con la niña, la cosa hubiese sido más difícil, pues quizá la habría reconocido. Aquella, en cambio, no podía reconocerla.

—Trabaja usted hasta muy tarde—dijo, benévola, la enfermera.

—Estos suelos necesitan una buena limpieza—replicó la señora Hanson.

—Me alegro de que por fin se hayan decidido a limpiarlos—concluyó aquella.

Y ya no estorbó para nada a la señora Hanson, la cual

iba avanzando a través del pasillo con objeto de alcanzar la sala destinada a los niños.

Aprovechando un descuido de la enfermera, que entraba y salía de aquella casa, la señora Hanson pudo penetrar allí. Estaba solamente en la puerta cuando tuvo la sensación de oír la voz de Dagmar que la llamaba: ¡Mamá! Marta no pudo contenerse más, y levantándose del suelo a medio fregar, se dirigió hacia las camitas hasta conseguir aquella en que se hallaba postrada su hija. Por fin pudo dar con ella: «Dagmar Hanson. — Doctor Johnson. — Fecha de ingreso: 19 de mayo 1910». La niña iba murmurando: Mamá, mamá...

—Soy mamá, Dagmar—exclamó, emocionada, la madre.

Puso la mano temblorosa en la frente de la niña y constató que no tenía fiebre.

—¿Dónde has estado, mamá? ¡Prometiste venir!...—exclamó con voz débil la enfermita.

—Sí, hijita, lo prometí y he venido. Ahora mamá está aquí. Ya puedes dormir tranquila. Duérmete, Dagmar, duérmete.

Y para conseguir que la niña se durmiera, la señora Hanson entonó, levemente, la canción que cada noche había cantado a sus pequeños:

Cuando una niña se duerme
al lado de quien la quiere,
vienen con ella los ángeles
y con alegría juegan,
cuando la despiertan,
su madre guarda su sueño
y muy bajito le dice:
Sonríe, mientras te duermas.

Dagmar se durmió dulcemente. Los otros niños que ocupaban la sala de fuéron despertando uno por uno, y escuchaban, con la emoción reflejada en sus rostros, la bella y suave canción entonada por la señora Hanson. Algunos se irguieron y se sentaron en sus camitas, hasta que por el mismo efecto de la dulce canción volvieron a dormirse.

La enfermera encargada de la sala de los niños asomó en la puerta y se dio cuenta de todo, pero comprendió lo que puede el amor de una madre, y discretamente se retiró para no turbar la delicia de aquella escena, y para no confundir a la buena señora Hanson.

Mamá y Katrin salieron de la clínica. Las dos se sentían felices. La pequeña se hallaba fuera de peligro, y mamá había podido verla y dedicarle, como los demás días, sus canciones de cuna. A lo largo de su paseo vieron una parada de flores.

—¿Quieres que compremos algunas, Katrin?—preguntó la señora Hanson.

—¡Oh, mamá! ¿Podremos hacer ese gasto?

—Sí, en atención a que Dagmar vendrá muy pronto a casa. Y compraron un ramo de preciosas violetas.

—Muchas gracias, señoras—exclamó la vendedora de flores.

Katrin se sintió orgullosa al oír que la llamaba «señoras», y no pudo reprimirse de expresar esa legítima satisfacción a su madre. Estaba muy contenta. Imaginaba que su vida había cambiado ya de rumbo; que ella era ya una mujer. Alborozada, iba diciendo a su mamá que cuando fuese rica y famosa compraría flores frescas todos los días, y para ella unos vestidos magníficos, blancos, de satén, con cola muy larga. Y joyas, y un collar de perlas...

—¡Oh, no, hija mía! Yo me contentaré con menos. A mí me gusta mi broche.

Marta Hanson estaba orgullosa de su broche, más que por su valor intrínseco, por ser un recuerdo de su extinta madre. Lo ostentaba con noble orgullo en las ocasiones más solemnes de su vida, y considerándolo como un tesoro, nunca se le ocurrió pensar siquiera que un día podría desprenderse de él. Por otra parte, ella no ambicionaba nada, ni joyas ni dinero. Sólo deseaba vivir sin apremios y rodeada de su esposo y de sus cuatro hijos, en el mismo ambiente modesto, apacible y agradable en que hasta entonces había vivido. Su gran ilusión consistía en ver dichosos a los que le rodeaban, porque así ella se sentía inmensamente feliz.

Katrin aspiraba a más. Ella vivía en la edad de las ilusiones incontenibles, en aquella época de la vida en la que todo nos

parece posible, bello y sumamente fácil. Ella quería llegar a ser una gran escritora, una novelista de fama mundial, como Dana Moorhead, constantemente solicitada por los editores y los públicos, y cumplimentada por los críticos más exigentes. Ello le daría prestigio y dinero. Y entonces ya no sería necesario que papá y mamá acudiesen al Banco, ni siquiera al banco-pequeñito que tenían en su propia casa.

Y subyugada por esta ilusión, Katrin preguntaba ingenuamente a su madre:

—Pero, mamá, ¿es que no te gustaría ser rica?

—Tanto me gustaría ser rica —respondió mamá Hanson— como tener diez metros de estatura. Si para unas cosas es bueno, para otras no.

—¿Pero, no vinisteis a América para ser ricos, mamá?

—No, hija. Vinimos porque todos los demás estaban aquí, y para las familias lo mejor es estar unidos. Además, este país me gustó en seguida. Cuando salí del buque y vi San Francisco y toda la familia, exclamé para mis adentros: «Es como Noruega»... Y luego, todos vosotros habéis nacido aquí, y hemos adoptado la nacionalidad americana.

—¿Y no te gustaría regresar de nuevo a tu país?

—Pues... me gustaría, en efecto, dar una vuelta por allí, y ver las montañas y los fiordos. Me gustaría que vosotros los vierais. Quizá cuando Dagmar esté ya curada del todo podremos ir a Noruega, incluso en plan de turista, si os gustara.

EL GATO DE DAGMAR

Era inminente la llegada de Dagmar, ya restablecida, cuando la señora Hanson y su hijo Nels se dieron cuenta de que el gatito «Elizabeth» estaba enfermo, tan enfermo que, al parecer, ya no tenía solución.

—¿Qué te parece, Nels?—preguntó, inquieta, su madre.

—Creo que está muy mal. Honradamente, creo que deberíamos sacarlo de aquí en seguida, antes de que la niña le viese.

No habían tenido tiempo de poner en práctica el propósito de Nels, que se oyeron los pasos de papá y de Dagmar. La niña podía incorporarse a su vida de siempre al lado de su familia, y estaba justamente alborozada. ¿Cómo atenuar aquella alegría, manifestándole que el gatito «Elizabeth» se hallaba en trance de morir? Ni mamá, ni Nels se sentían capaces de decirse lo, pero por otra parte tampoco podían ocultarlo porque la niña vería a su «Elizabeth» —que para ella era lo mejor del mundo— y se daría cuenta de que le pasaba algo grave.

Después de abrazar a su mamá y a su hermano mayor, Dagmar preguntó en seguida por el gato.

—Pues... verás... tengo que decirte que tío «Elizabeth» está un poco enfermo.

—¿Enfermo? Qué le ocurre.

Ni papá ni mamá sabían qué inventar para calmar a la niña, en cuyos ojos parecían asomar las lágrimas. Papá tuvo una idea:

—Nada, hija, que ha estado peleando otra vez esta noche pasada. Y cuando ha venido a casa por la mañana daba la impresión de no encontrarse nada bien.

Dagmar se apresuró hacia el lugar de la cocina donde «tito «Elizabeth» gemía.

—¡Oh —exclamó llena de emoción—, qué aspecto más feo tiene!...

—Sí, hijita; pero tú ven con nosotros. Nels ya cuidará de él. ¿No crees que sería mejor para que el pobre tito «Elizabeth» se repusiera que le dejases dormir un rato?

—¿Dormiría para no despertar jamás?

—Pues... verás, alguna vez tiene que morir —insinuó el padre.

—No; mamá puede curarlo—dijo la niña con absoluta convicción. Y ratificó su opinión en tal sentido con estas palabras—: Mamá puede conseguirlo todo. Haz que viva mi gato, mamá. Por favor, no le dejes morir.

—Bueno, bueno, ya veremos. Vamos a ver lo que pasa esta noche. Y ahora vámonos arriba porque tú tienes que descansar también. Yo te llevaré la cena a la cama.

Dagmar ya no pensaba en ella misma, en su reciente operación, en sus dolores todavía frescos; sólo pensaba en su gatito y sólo pedía a su mamá que lo curara, como si la señora Hanson tuviera a su alcance la posibilidad de hacer milagros. Tan segura estaba de que mamá lo haría y que su esfuerzo se vería coronado por el éxito, que Dagmar se fué muy tranquila a la cama.

Cuando los esposos se quedaron con su hijo Nels, se miraron los tres; y los tres contemplaron, escépticos, al gato.

—Has dicho que veremos cómo pasa la noche—dijo el señor Hanson. ¿Pero, es que crees que quizá la va a pasar el gato? A mi juicio, no hay nada que hacer, Marta. Es preferible hacerlo... dormir.

Nels compartía la opinión de su padre; consideraba que era

casi una crueldad prolongar la vida al animalito. El señor Hanson le dió la razón, y aconsejó a Nels que fuese a la farmacia y comprara un poco de cloroformo. Así evitarían mayores sufrimientos al tito «Elizabeth».

—Ya no tiene remedio, Marta. Es lo mejor que podemos hacer—murmuró, a título de justificación el bueno de papá—. Reconozco que es un triste regreso para Dagmar, tan contenta como estaba al salir del hospital.

Cuando Nels salió de la farmacia, vió cómo de su propia casa salía el huésped. El señor Hyde iba cargado de maletas, y andaba como si temiera ser visto por alguien. Pero Nels y Katrin le estaban observando, y vieron cómo dejaba una carta al pie de la escalera de la casa.

—El señor Hyde!—exclamó Katrin.

—Me parece que se está quitando de en medio. ¿Y qué hará ahora mamá sin el huésped? Ella, y nosotros, necesitamos de ese dinero—apuntó Nels.

Katrin lo consideraba también así, pero no había perdido la esperanza de que el señor Hyde pagase lo que debía.

Los dos hermanos corrieron hacia su casa, y comunicaron a sus padres lo que habían visto. El señor Hyde había subido en el autobús, llevando todas sus maletas, y en la puerta ha dejado una carta para ti.

La señora Hanson abrió la carta, en la que había un cheque de ciento treinta dólares.

—¿Ciento treinta dólares?—exclamó la buena señora—. ¡Son cuatro meses! Maravilloso. Así pagaremos al doctor.

—Y tú—gritó alborozado el padre—podrás comprarte la rebeca, la famosa rebeca.

Toda la familia rebosaba de satisfacción. El señor Hyde era un perfecto caballero, un hombre agradecido. ¡Cómo echarían de menos su compañía! El señor Hyde se había compenetrado tanto con los Hanson que ya parecía parte integrante de la familia. Las veladas que pasaron juntos serían uno de los recuerdos más gratos que de su infancia guardarían los pequeños Hanson.

—Pero ya no habrá más quien nos lea aquellas novelas tan

preciosas, con tan perfecta dicción. Leamos la carta. Veamos lo que dice el señor Hyde.

Papá la cogió y empezó a leer:

«Queridos amigos: Me veo obligado a marchar un poco precipitadamente de esa casa alegre, acogedora y feliz. Le dejo mi biblioteca para los pequeños...»

—¿Nos deja sus libros? ¡Es maravilloso!—exclamó, llena de júbilo, la señora Hanson—. Nels, vete por ellos... ¿Y qué, qué más dice?

—Dice que «Ha sido una suerte formar parte de esa casa. Nunca olvidaré su bondadosa hospitalidad. Firma: Jonathan Hyde. Y al pie de la carta Ave... Avenida querrá decir...»

—No; yo creo que dice Ave. Atque Ave.

Katrin cogió la carta, y leyendo dijo:

—No; eso dice Ave. Atque Vale, o sea: Salud y felicidad. Está escrito en latín.

Todos quedaron admirados de que el señor Hyde supiese escribir en latín. Y los esposos Hanson más satisfechos todavía de que su hija Katrin hubiese traducido la frase de modo tan fácil y tan exacto.

Entretanto, Nels bajó las escaleras cargado de libros y los colocó cuidadosamente encima de la mesa. Allí había «Los documentos de Mister Pickwick», «Las obras completas de Shakespeare», «Alicia en el país de las maravillas», «El libro de versos de Oxford», «El último de los Moñicanos»...

Todos estaban muy contentos con el cheque y con los libros. Pero no había tiempo que perder; era preciso ocuparse del gatito «Elizabeth», sin que ni Katrin ni Cristina lo vieran. La señora Hanson ordenó a Katrin que pusiera la mantequilla en la nevera, y a Cristina que subiera la leche a Dagmar. Una vez las dos se hubieron marchado, papá, mamá y Nels se prepararon a dar el cloroformo al gato para que muriera y así terminara de sufrir. Pero ninguno de los tres sabía cómo empezar.

—Lars, tú sabes cómo...



La familia Hanson vivía en una alegre casita de Larkin Street Hill, de San Francisco.



La señora Hanson era una madre abnegada, solícita, ejemplar.



Cada sábado por la noche se reunían todos para hacer las cuentas de la semana.



Tía Sigrid y tía Jenny subieron a buscar a tía Trina.



Muchas noches el señor Hyde les leía novelas de grandes autores.



Tío Chris y Katrin habían acompañado a la señora Hanson al hospital.



—La niña—dijo gravemente el doctor—tiene que ser operada.



—Pero ¿es que no sabes que los gatos se llevan el aliento de los niños?



Tío Chris distraía a su sobrineto postrado en la cama del hospital.



Simulando ser la mujer de la limpieza, iba avanzando por el pasillo...



Cristina le dijo que su madre había vendido su broche.



—Es cierto, papá, que mamá ha sacrificado su broche por mí?



— Yo quiero coñac,
pero sin agua — gritó tío
Chris



La señora Hanson leyó
algunas novelas de su hija.



Mamá regresó satisfecha
de casa de la célebre escri-
tora.



Miss Hanson visita a la
gran novelista Mrs. Dana
Moonhead

—No; Pero, en fin, no creo que sea demasiado difícil. Si tú toges al gato.

—¿Yo coger al gato? Es mejor que seas tú. ¿Pero, no sería mejor que empapásemos bien una esponja grande y la metiéramos en una caja con él, tapándole bien? Verás; Nels, tráete una esponja y nosotros lo prepararemos aquí mismo, verás.

Mientras estaban con los preparativos, se presentó, jadeante, sudorosa, fatigada, la tía Jenny, la que acababa de ver al señor Hyde, cargado de maletas, y le faltaba tiempo para saber lo que había pasado.

—He visto al señor Hyde—dijo al entrar—. Y quiero que me digáis una cosa: ¿os ha pagado el alquiler?

—Sí, claro, nos ha dado un cheque, que Lars tiene guardado —respondió Marta.

—¡Un cheque! ¡Ay, Dios mío! He estado en el establecimiento del señor Kruper. El señor Hyde estuvo allí comiendo y al terminar le pidió si podrían descontarle un cheque suyo de cincuenta dólares.

—Buena, ¿y qué?

—Pues que el señor Hyde no tiene cuenta ninguna en ese Banco.

—Entonces, Jenny, quieres decir que... que este cheque no vale.

—Nada en absoluto, Lars. El señor Hyde es un gangster. ¿Por cuánto es el cheque que os ha entregado? Porque, estoy segura que os debía bastante...

—No, Jenny; el señor Hyde no nos debía nada. Nos pagó con algo mucho mejor que con dinero. Mira, Jenny, perdona, pero ahora no puedo hablar contigo. Quizás tú no tengas nada que hacer, pero yo sí.

—¿Cómo? ¿Y qué es eso que tú tienes que hacer, de tanta importancia?

—¡Tengo que cloroformizar un gato! — exclamó la señora Hanson, perdiendo la paciencia.

Entretanto el señor Hanson rompía el cheque en cien pedazos. ¡Qué desilusión más grande! Todos los proyectos inmediatos

se derrumbaban. Ya no habría la rebeca para mamá, y la factura del doctor quedaría pendiente todavía. Pero eran tan buenos los Hanson que consideraron que el señor Hyde no había obrado de mala fe, sino por auténtica necesidad.

Al día siguiente, cuando Dagmar se levantó, lo primero que hizo fué ir en busca de su gatito «Elizabeth».

—¿Cómo está tío «Elizabeth»?—preguntó a sus padres.

Los señores Hanson no sabían qué decir, y no hacían más que preguntar a su hijita por qué se había levantado tan temprano. Pero tanto insistía la niña, que era preciso hablarle del gato. Pero, ¿cómo? Probablemente, el gato estaría ya muerto.

—Dagmar —tuvo el valor de decir la señora Hanson— tengo algo que decirte.

Pero la niña no la dejó terminar y se precipitó hacia la caja donde el gatito se hallaba, para cogerle amorosamente en sus brazos.

—Buenos días, mi querido «Elizabeth». ¿Todavía estás durmiendo? Eres un gato muy dormilón.

Los papás contemplaban la escena. El, con la mirada, indicaba a su esposa que desengañara a la niña; ella, hacía lo mismo fijando la atención en su marido.

—¡Despiértate ya, tío «Elizabeth»! Es ya de día. Pero, qué olor tan raro. Huele como en el hospital. Yo te cuidaré, «Elizabeth», como a mí me cuidaban las enfermeras. Y pronto serás el gato más lustroso de todo San Francisco. ¡Oh, Dios mío, cuánta ropa le habéis puesto encima! ¿Habéis creído que tenía una pulmonía?

Y se dispuso a desabrigar al gato, ante la mirada expectante y confundida de sus padres que temían asistir al desengaño de su hijita. Pero, a medida que la niña iba sacando la toalla, se dieron cuenta de que el gato iba moviendo la cola.

—¡Mira, mamá, mira!—gritó el señor Hanson.

—Dagmar, déjame ver, déjame ver al gato—exclamó su esposa.

Los dos estaban maravillados. El gato se encontraba perfectamente. Sólo le faltaba hablar. Su expresión, sus movimientos, eran

los de siempre. Cuando la niña le hubo soltado la toalla que le tenía envuelto, el gatito saltó de sus brazos y se dirigió, corriendo, como de costumbre, hacia la escalera.

—¡Es un milagro!—dijo, maravillada, la señora Hanson.

—¡Oh, mamá, gracias! Ya sabía yo que tú le pondrías bueno.
¡Katrín, Cristina, Nels! ¡Mirad lo que ha hecho mamá!

El señor Hanson lo comprendió todo: no habían dado bastante cloroformo al gato; sólo le proporcionaron un buen sueño. Pero Marta creía necesario decirle algo a la niña. No le parecía bien dejarla crecer en la creencia de que su mamá podía arreglarlo todo.

—Acaso será mejor para ella que siga creyéndolo así.

EL BROCHE DE MAMA

Por aquellos días, Katrin debía desempeñar el papel de Porcia en una representación de «El Mercader de Venecia», que se daba en el colegio, y pasaba las horas en su cuarto estudiando su personaje: «El don de la piedad no es arrollador. Cae a gotas como gentil lluvia del cielo sobre la mísera tierra. Es dos veces bendita. Bendice al que da y bendice al que la recibe... Bendice al que da y bendice al que recibe...» ¿Qué viene después de eso? e iba repitiendo las frases correspondientes a su papel.

Cristina, su hermana, estaba allí, y le fastidiaba que su hermana no pensara en otra cosa que en la Porcia de «El Mercader de Venecia».

—Siempre lo mismo desde hace muchas semanas: la representación del colegio, el final de tus estudios, los estudios superiores. Y ni siquiera un pensamiento para lo que sucede en casa. En lo único que pensáis, tú y tus amigas, es en los regalos que vais a recibir. Me haces avergonzarme incluso de ser una muchacha.

Katrin siguió estudiando su papel, para salir luego un poco a la calle y ver a sus compañeras de colegio. Todas hablaban de

lo mismo —de la función que iban a representar y de los regalos que, con motivo del fin de curso, recibirían de sus padres.

—¡Hola, Katrin!

—¡Hola, Madeleine!

—¿Y a ti, qué te van a regalar, Katrin?

—Pues, pues... no me han dicho nada todavía; pero yo creo que van a regalarme, pues eso...

—¿Te refieres a ese neceser completo? — preguntaron sus amigas al unísono.

—El otro día hice que me lo enseñaran y pude tenerlo en mis manos. Tiene todos los utensilios, incluso los más insignificantes. Y es de verdadero celuloide.

Cuando las dos hermanas Hanson se separaron de Dorothy y de Madeleine, Cristina dijo a Katrin:

—Te advierto que no te van a regalar eso que tú dices.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Pues yo sé lo que te van a regalar. Mamá te dará su broche, su broche, ¿entiendes?

—¿Te refieres a esa cosa de plata antigua que lleva ella y que perteneció a nuestra abuela?

—Sí, es un recuerdo de familia, que mamá tiene en gran estima. ¿Qué más puedes querer?

—Yo quiero ese neceser. Dios mío, ¿cómo no va a darse cuenta mamá de lo que es un regalo práctico? Tiene que darse cuenta ella, y todos vosotros, lo importante que es en la vida de una muchacha la terminación de sus estudios.

Katrin tuvo una decepción. Ella esperaba un neceser, el neceser del que tanto había hablado a sus compañeras de colegio. Y eso es precisamente lo que indignaba a su hermana Cristina, que sabiendo la satisfacción que la entrega del broche suponía para su mamá, Katrin lo rechazara para obtener un neceser. Por un complejo de indignación y de envidia, del que no podía reprimirse, Cristina había anunciado a Katrin lo que sus papás le reservaban como una agradable sorpresa, pero que para ella sólo había de constituir una decepción.

—Bah, Katrin—repuso Cristina—. Y luego dices que no eres egoísta.

Eso no es egoísmo.

—¿No? A ver entonces cómo lo vas a llamar. Con papá sin trabajo necesitamos hasta el último céntimo que cae en nuestras manos. Hasta el Banco pequeñito está vacío. Pero, descuida, que tú obligarás a la pobre mamá a que te consiga de algún modo eso que deseas. ¿Para qué hablar más de ello?

A Katrin le regalaron el neceser. Se lo regalaron hacia el final de la cena del día en que ella terminaba sus estudios. Papá no podría presenciar su ejercicio porque tenía que asistir a una reunión en la que se decidía o no la vuelta al trabajo.

Cuando hubieron terminado de comer llegó tía Jenny, a la que Katrin mostró orgullosa su regalo. Mamá, tía Jenny, Cristina, Nels, Dagmar y Katrin se dispusieron a salir para el colegio donde la mayor tenía que actuar en «El mercader de Venecia».

Al encontrarse ya en la calle, Cristina, que iba al lado de Katrin, mostraba un aspecto algo raro, como si estuviese enfadada.

Cristina era una muchacha sincera, demasiado sincera, que no podía ocultar hipócritamente sus estados de espíritu. En aquella ocasión no pudo hacer menos que revelar a su hermana mayor la verdad de lo acontecido, aun a trueque —y a sabiendas quizás— de aguarle la fiesta a Katrin y de hacer —por este motivo— que su interpretación de Porcia en el teatro escolar fuese poco afortunada.

—Ya sabía yo—dijo al fin a su hermana—que obligarías a la pobre mamá hacerte el regalo.

—¿Yo? Yo no la obligué a nada. No hice más que enseñárselo en el escaparate de la tienda.

—Pero la has obligado a que vendiera su broche, el broche que su mamá le dio como recuerdo.

—¿Cómo dices, Cristina?

Nels, el hermano mayor, intervino para dulcificar la escena, y lamentando profundamente lo ocurrido, hizo ver a su hermana Cristina que no estaba bien lo que había dicho.

—No me importa, Nels. Creo que ella debe saberlo.

—Entonces, Nels, es verdad lo que dice Cristina. Mamá ha...

—Sí, Katrin, es verdad lo que ella ha dicho.

—Oh, no puedo creerlo! Voy a preguntárselo a papá.

—No, ya no queda tiempo—respondió Nels, quien, dirigiéndose a Cristina, exclamó—: Vaya, Cristina, ahora ya estarás satisfecha.

Katrin no pudo contenerse y salió corriendo hacia la casa para preguntar a su padre si era verdad lo que sus hermanos le habían contado.

Papá estaba sentado, fumando tranquilamente su pipa, mientras esperaba el momento de trasladarse al mitin en que había de decidirse sobre la huelga que afectaba a su oficio.

—¡Papá, papá!—exclamó al entrar—. Cristina me ha dicho que mamá había vendido su broche para darme a mí el neceser.

—¡Vaya! Cristina no debía decirte eso. Puesto que lo sabes, te diré que no es exacto que lo haya vendido. Es que lo ha cambiado al señor Schiller por tu regalo. Mira, Katrin, tú querías un regalo, y mamá quería tu felicidad. Claro, y ella ha proferido verte contenta a tener su broche.

—Pero es que yo no quería que hiciese eso. Le gustaba mucho. Era todo lo que a ella le quedaba de la abuelita.

—Pero siempre lo destinó a ti, hijita. Y... no debes llorar. Tienes que representar tu papel. La gente está esperando.

—No me importa.

—Pues tiene que importarte. Mira, Katrin. Esta noche tú no eres Katrin; esta noche eres una actriz. Y las actrices han de representar su papel, sean cuales fueren sus sentimientos. Ya sabes que hay un viejo refrán que dice...

En aquel momento asomó por la ventana el rostro de tía Trina, quien, impaciente ante el retraso de Katrin, iba en su busca. La función iba ya a empezar.

La representación tuvo lugar, con la participación anunciada de Katrin. Pero la muchacha, conmovida, conturbada, apesadumbrada por lo que le habían dicho con referencia a su regalo, estuvo muy mal en su papel.

Al llegar la señora Hanson a su casa, no pudo contenerse de comunicárselo a su marido. Papá no tuvo más remedio que explicarle todo: que Cristina había dicho a Katrin lo del broche, y que la muchacha había tenido un gran disgusto, por cuya razón había fracasado en la representación de «El mercader de Venecia».

Mamá llamó en seguida a Cristina ante su presencia y le preguntó el porqué había revelado a Katrin la verdad de lo sucedido. Cristina respondió que no pudo soportar cómo su hermana estuviera hablando constantemente del regalo. Esa no era ninguna razón, y por consiguiente sus padres no podrían aceptarla. Por otra parte, la noticia había disgustado profundamente a Katrin y ello fué causa de que estuviera tan poco afortunada en la función. Pero Cristina no cedía y respondía a su madre que también Katrin le había dado un disgusto haciéndole sacrificar su broche a cambio del famoso regalo.

—Ese no es asunto tuyo, hija. Yo soy quien tiene que decidir sobre el broche y tú no eres quién para juzgar. Y ya sabes, no creo tener que decirte más, pero me has disgustado profundamente, Cristina.

Cristina se retiró, pero dispuesta a mantenerse en su actitud; al llegar al pie de la escalera que conducía al primer piso, exclamó:

—Pero no siento el habérselo dicho.

Los señores Hanson tuvieron que reconocer que Cristina era la más discolá.

Poco después llegaban Katrin y Nels a la casa. Al salir del colegio habían ido los dos a casa del señor Schiller con objeto de rogarle que les devolviera el broche de mamá a cambio del neceser que ella había regalado a la muchacha. El señor Schiller se resistió un poco, pero tanto rogó Katrin que al fin tuvo que acceder. Para ella el golpe había sido un poco duro, pero prefería sufrir este desengaño que quedar con el regalo a cambio de un nuevo sacrificio para mamá.

Nels intervino ante sus padres para justificar la actitud de su hermana, por lo que sus padres no pudieron evitar de decirse que Nels era el más bueno de todos sus hijos.

Iban ya todos a acostarse, cuando la señora Hanson llamó a Katrin. Cuando la tuvo en su presencia, la miró fijamente, amorosamente, y le ofreció su broche.

—Toma, Katrin, ponte esto. Es tu regalo de fin de estudios, y quiero prendértelo yo misma.

—¡Oh, mamá! Lo llevaré siempre; lo guardaré toda mi vida. Y ahora te diré que me alegro mucho de que Cristina me lo haya dicho.

—Y yo también—murmuró, feliz, su padre.

Sus papás le ofrecieron entonces aquella taza de café que tanto había ambicionado beber cuando fuera mayor. Puesto que había terminado sus estudios era una mujer. Era preciso completar la jornada que tantas emociones había deparado a Katrin. Pero la muchacha estaba tan emocionada que no se sintió capaz de beber el café que le ofrecían, y se marchó llorando.

—¡Katrin es la más sensible! —exclamó el señor Hanson, viendo salir a su hija—. Y es una pena. Era su primera taza de café.

—Bébetela tú, Lars, así no la desperdiciaremos.

—Tú, Marta, eres la más práctica.

—Y tú, esposo mío, eres el mejor de todos.

LA MUERTE DE TIO CHRIS

Una mañana en casa de los Hanson se recibió un telegrama en el que se decía que el tío Chris se hallaba enfermo de gravedad. La señora Hanson llamó en seguida por teléfono a sus hermanas. Si querían verle era preciso que salieran en el tren de las once. Sigrid, Jenny y Trina decidieron salir para el pequeño pueblo en que habitaba el tío Chris y su esposa. Merta se fué con ellas llevándose a Katrin.

Katrin era ya mayor. Había terminado sus estudios secundarios, había bebido su primera taza de café, había empezado a ósear por el mundo. Mamá Hanson, dotada de un claro sentido psicológico, consideraba que a su hija, fuertemente atraída por la literatura, le convenía experimentar fuertes sensaciones, emociones entrañables, que no sólo había de conocer lo que es la vida, sino también lo que es la muerte. Sin estos conocimientos, al escritor le falta lo esencial como la luz a la linterna mágica.

Era ya de noche cuando llegaron. El rancho estaba unos seis kilómetros de la ciudad. Estaba emplazado en un sitio árido y desolado, aunque con vastos campos y de vez en cuando altos árboles. Y mucho olor a madreselva.

Al llegar al rancho montados en un coche de caballos, una mujer salió a su encuentro. Era Jessie, la esposa del tío Chris. Este vivía todavía.

Lo encontraron en la cama bebiendo un poco de coñac. En cuanto las vió entrar, se dirigió a Marta y le rogó que le diera un poco más de bebida, a lo que ella se resistió.

—Eso no le hará ningún bien...

—Siempre lo hace. Y ahora que me muero, lo necesito. Ya sé que voy a morirme. Si no fuese así no habríais venido todas. ¿Qué otra cosa puedo pensar cuando os veo aquí contemplándome? Largaos. ¡Fuera de aquí! ¡No os necesito!

El tío Chris se refería a Jenny, a Trina y a Sigrid; pero no a Marta, a quien quería mucho. Pero las tres tías no se movían y el tío tuvo que insistir, y ordenarles que salieran al porche. Cuando ya se iban, cabizbajas, las tres, con Arne, el hijo de Sigrid, el tío Chris le preguntó si le dolía todavía la rodilla. No, ya no le dolía. Arne estaba totalmente curado y podía andar con toda normalidad. Arne se marchó de la habitación acompañado de Katrin, pero tío Chris retuvo a la muchacha.

—Katrin puede quedarse. Ella y yo tenemos un secreto. ¿Te acuerdas?

Katrin se acordaba. El secreto consistía en el juicio que merecían a los dos las tres tías, singularmente Sigrid y Jenny. Y ahora quería que Katrin se quedara a su lado junto con su mamá.

—Dame otro trago, Marta. No podemos desperdiciar lo que queda en la botella. Ni Jessie ni tú no bebéis. ¿Quién se lo beberá, pues, cuando yo me muera? ¿Qué daño puede hacerme ya? De todos modos voy a morirme. Vamos, dámelo.

E hizo el ademán de levantarse de la cama, ante lo que Marta accedió:

—Conforme. Se lo daré. Pero quédese ahí tranquilo.

El tío Chris bebió ávidamente el coñac que, con mucha agua, le había puesto la mejor de sus sobrinas. Tras una angustiosa pausa, repuso:

—Marta, es preciso que vendas este rancho y le des el dinero a Jessie; sí, a Jessie Brown, mi ama de llaves, es decir, mi mujer. ¿Por qué voy a llamarla siempre ama de llaves? Jessie es mi esposa. Cuando su marido, que estaba en un asilo de Stockton murió, nos casamos. Sólo que no se lo dije a las tías. Como siempre la habían desairado, quise gastarles esa broma. Pero... no hay dinero para ti, Marta. Siempre deseé tener dinero para que Nels fuese médico. Pero siempre se presentaron otras obligaciones más urgentes. Y ahora ya no queda tiempo de hacer más. De todas maneras, tú harás doctor a Nels. ¿No es verdad?...

—Sí, claro, tío Chris. Es lo que Lars y yo hemos ambicionado siempre: que ayude a las personas que sufren.

—Esa es la cosa más grande del mundo. Es como tener un soplo de Dios en ti mismo. Pero, ¿dónde está Jessie?

—Me parece que está ahí fuera, tío Chris.

—Llámalas. Quiero que estéis las dos aquí.

Marta salió conmovida, de la habitación. Allí quedaba, junto a la puerta, su hija Katrin, contemplando la trista escena de la agonía de un hombre. Siempre le había asustado la idea de ver la muerte de cerca, y cuando su madre le anunció que la acompañaría a casa del tío Chris, tuvo la secreta esperanza de que cuando llegasen todo habría terminado. De todos modos se decía a sí misma que si quería ser escritora, debería adquirir experiencias de todas clases, experiencias de la vida, del dolor y de la muerte.

—¡Oh, Katrin!—le dijo cuando estuvieron solos—. Tu mamá me escribió diciéndome que ya tomabas café. Katrin: tú serás escritora. Un día quizá escribirás la historia de tu tío Chris, si es que ya no te acuerdas de mí.

—Siempre me acordaré, tío.

En aquel instante entraron Jessie y Marta. Tío Chris consideró que había llegado el momento de que Katrin se marchara.

—Adiós, Katrin.

—Adiós, tío Chris.

—¿Sabes decirlo en noruego, como yo, Katrin?

—Sí, tío. Adiós, onkel Chris.

Katrin salió de la habitación de tío Chris con los ojos anegados de lágrimas. La impresión había cuajado en su alma. Allí, tumbado en una cama, había un hombre que, entre suspiros y lamentos, lanzaba su adiós a la vida. Esta imagen de la muerte acuchando a tío Chris ya no se desarraigaría del corazón de la pequeña Katrin.

En cuanto la sobrina Katrin se retiró de la habitación, el tío Chris se dispuso a hacer algo que ya pensaba desde mucho tiempo: presentar su esposa Jessie a su sobrina Marta, la única de las cuatro sobrinas con quien él congeniaba. Si, nunca pensó en hacer la misma presentación a tías Jenny, Sigrid y Trina; en cambio, al tío Chris le hubiera dolido mucho morir sin antes haber puesto en relación a Marta y a Jessie, presintiendo que, dulces y comprensivas las dos, podrían llegar a una ayuda mutua y sincera.

Hecha la presentación formal por parte del tío, Marta y Jessie se estrecharon cordialmente la mano por encima de la cama del moribundo, como si quisieran sellar, por ese hecho simbólico, una promesa de amistad y de confianza.

Tío Chris no podía continuar la emoción, pero quiso romper el silencio que se produjo para rogar a las dos mujeres que le dieran un trago.

—Vosotras beberéis conmigo... las dos, las dos. Y con eso acabamos la botella. ¿Sí?

El desenlace era ya próximo. Era inútil pensar que el tío Chris sobreviviría a la crisis porque pasaba. ¿Para qué, pues, negarse a uno de sus caprichos, quizás el último de su vida? Por otra parte, la cosa tenía remedio: pondrían agua en el coñac.

Jessie preparó los tres vasos, por orden del tío Chris. Jessie los sirvió.

Tío Chris, buen catador de vino, se dio cuenta, a pesar de su estado, de que aquello que le servía su esposa no era coñac, sino agua un poco tinta. Pero no quiso decir nada. ¿Para qué

gritar y gesticular como era su costumbre? Luego dirían: Hasta la hora de la muerte ha sido un cascarrabias. No, no; tío Chris quería dejar un buen recuerdo. Y lentamente absorbió el contenido del vaso que le había tendido generosamente su esposa. Las dos mujeres le secundaron. Con el vaso en la mano permanecían de pie, una a cada lado del lecho del que iba a morir irremediablemente.

—¿Qué hora es?—preguntó tío Chris, como si quisiera apurar los últimos minutos de su vida.

—Son casi las cuatro y media de la tarde, tío Chris.

El sol entraba por la ventana y cubría amorosamente toda la cama. Mamá Hanson quiso bajar las persianas para que el sol no diera en el rostro de tío Chris.

—El sol da la vuelta por ese lado de la casa, a última hora—murmuró el moribundo—. Marta, no quiero que hagas sombra. No me gusta la obscuridad... El sol es bueno... Y ahora dame un poco más de coñac.

Jessie se fué a la mesita de noche para prepararlo con agua. Tío Chris seguía dándose cuenta de todo.

—No, Jessie, no. Esta vez lo quiero sin agua. —Y murmuró: El último trago siempre sin agua. Es una costumbre noruega. ¿No es cierto, Marta?

—Es cierto, tío Chris.

Y como viera que su esposa iba a ponerle el vaso en la boca, tío Chris se irguió, enérgico e imperativo todavía, para decir que no necesitaba que se lo dieran; que podía beberlo solo. Sentado en la cama, con el vaso en la mano, pidió a su esposa y a su sobrina que bebieran con él.

Otra vez los tres se disponían a una especie de brindis fúnebre, como si con la copa en alto quisieran, al mismo tiempo, decir su adiós al moribundo y recibir a la muerte. Fué tío Chris quien inició ese doloroso y postrero brindis:

—Ea... «skoal» (Skoal significa salud).

—Skoal—exclamó Jessie.

—Skoal—la secundó mamá Hanson.

Tío Chris terminó de beber su copa; miró a las dos mujeres, sonrió levemente, y lanzó su último suspiro.

—Adiós, tío Chris—murmuró Marta.

Jessie se mantuvo rígida, impenetrable, como súbitamente presa de inconsciencia, sin decir nada, ni llorar siquiera, pero con el dolor reflejado visiblemente en su rostro, Marta bajó la persiana. El tío Chris ya no tenía necesidad de los rayos del sol.

EL TESTAMENTO DEL TIO CHRIS

Jenny, Sigrid y Trina, las tres tías, se encontraban en el pórtico de la casa del tío Chris, junto con la sobrinita Katrin. A lo lejos, el pequeño Arne, hijo de tía Sigrid, montado en un auto se entretenía tocando la bocina. La espera resultaba lenta y fatigante para las tías. Sin que lo dijeran, se adivinaba que las tres pensaban lo mismo: Cómo tarda en llegar la muerte. Pero no se decían nada. Sólo, de vez en cuando, se referían a los mosquitos, cada vez más numerosos y más pesados. El niño seguía tocando la bocina.

—Eh, hijito, deja de tocar esa bocina. Además, te vas a destrozar todo lo que llevas puesto—gritó tía Sigrid.

La tía Jenny era la que se mostraba más impaciente y menos generosa. Siempre había sido ése su carácter, y era por esa falta de generosidad, por esa afición a la crítica, que tío Chris no la podía ver. Hasta en aquellos momentos había de manifestarse, sin disimulo, tal como era.

—Bah. Todas estas molestias y esos gastos sólo para ver morir a un viejo cascarrabias.

Tía Trina, conocedora, sin duda, a través de su novio —el de

las Pompas fúnebres—, de los secretos de la muerte, intervino para calmar la estúpida impaciencia de su hermana.

—Mujer—dijo—, a estas cosas no se les puede dar ninguna prisa... es decir... Verás, el señor Thorkelson dice...

Pero las tías Jenny y Sigríð no pudieron saber lo que respecto al particular opinaba un hombre tan competente en el ramo como era el señor Thorkelson, porque en aquel instante tía Marta salía de la casa para anunciar a sus hermanas que el tío Chris había fallecido.

De los labios de las tres tías no salió ni una palabra de piedad para el difunto; ni en sus ojos asomó ninguna lágrima. Tras una breve pausa, tía Jenny —la peor de todas— preguntó claramente, sin rodeos, si tío Chris había dicho algo del testamento.

—No hay testamento alguno—respondió Marta.

—Entonces... eso significa que siendo nosotros sus parientes más próximos... insinuó la tía Jenny para dar a comprender que quedaban herederos de todos los bienes del tío Chris.

—No, Jenny, tampoco hay dinero alguno.

—¿Cómo lo sabes tú?—preguntó Sigríð, hasta entonces callada y pendiente de las poco afortunadas intervenciones de su hermana mayor.

—El me lo dijo.

Marta llevaba en la mano un pequeño carnet de notas. Tía Jenny lo advirtió y le preguntó qué era, como si quisiera apurar la más remota posibilidad de conseguir algo del tío Chris. En aquel carnet el tío Chris había anotado sus gastos.

—¿Sus gastos? ¡Ah, claro, en cosas inútiles!—comentó, desechada, la tía Jenny.

—No, Jenny, no. Voy a leeros lo que dicen esas notas. Ya sabéis cómo el tío Chris quedó cojo en un accidente; que siempre tuvo que andar con muletas. Pues bien, toda la vida tuvo el mismo pensamiento; ayudar a los impedidos, puesto que, habiendo pasado por la misma experiencia del dolor, imaginaba el que ellos sentirían física y moralmente. A tío Chris le hubiese gustado ser médico sólo para aliviar dolores ajenos. Por eso querís tanto que mi hijo mayor lo fuese. No siendo médico, tío Chris les ayudó

de otra forma. Os leeré la última página del carnet de notas... José Spinelli, cuatro años, tuberculosis pierna izquierda, 337 dólares con dieciocho centavos. Ya anda. — Esther Jansen, nueve años, pies paráliticos, 217 dólares con cincuenta centavos. Ya anda. — Arne Solfeldt...

—¿Mi Arne?— exclamó, sorprendida, la tía Sigrid.

Marta siguió, serena, la lectura.

—Arne Solfeldt, nueve años, fractura huesos de la rodilla, 442 dólares con 60 centavos.

En aquel momento, el pequeño Arne llegó corriendo y gritando:

—Mamá, mamá, ¿cuándo comemos?

Pero en seguida se dió cuenta de lo que pasaba:

—¿Qué pasa? El tío Chris se ha...?

Tía Marta aprovechó la llegada de Arne para administrar, delicadamente, una lección a sus hermanas.

—Arne Solfeldt. Podríamos poner «Ya anda». Sí, claro. O quizá sería mejor poner «Ya corre».

Marta cerró el carnet, y murmuró:

—Era bueno.

Tía Jenny no tuvo más remedio que reconocer que el tío Chris era bueno.

Jessie, la esposa del tío Chris, asomó a la puerta:

—Ya pueden pasar a verle, si gustan.

Era preciso que alguien presentara la señora Halvorsen a las tías. Mamá Hanson, mujer sensible y delicada como pocas, cuidó de la presentación. Una a una fueron desfilando ante la viuda.

—Mucho gusto. — murmuró tía Trina, haciendo una reverencia.

—Jessie, voy a ver si puedo ayudarla en algo. ¿Qué le parece? — se ofreció tía Jenny.

Tía Sigrid, con el niño en la mano, la saludó también cortésmente; pero, como las demás, con una cierta y justificada turbación, pues la actitud que hasta entonces habían observado hacia ella no podía ser justificada.

—¿Querrá usted venir una temporalita con nosotros a San

Francisco? ¿A nuestra casa?—sugirió Marta a Jessie Halvorsen—. Me gustaría tenerla a usted. Tenemos sitio, mucho sitio.

—Gracias, Marta; no sé por qué quiere molestarse...

—Usted fué buena con tío Chris.

—Gracias, Marta—repitió tristemente, dulcemente, Jessie.

Y Jessie bajó las escalerillas del pórtigo, y avanzó, absorta, ausente de sí misma, por un pequeño sendero, mientras acariciaba las flores que encontraba a su paso. Marta y su hija la contemplaban emocionadas, pues sabían el dolor experimentado por aquella mujer, que ofrecía un rostro impenetrable.

—Katrín, ¿quieres ver al tío Chris? Me gustaría que lo vieras. Y me gustaría que vieras qué aspecto tiene la muerte. Con eso nunca te asustarás de ella.

Katrín seguía siendo escritora. Y sabía que para serlo es preciso conocerlo todo, sufrir, ver sufrir y ver morir. Katrín debía tener una imagen de la muerte. Allí estaba el tío Chris. La futura novelista entró con su madre en la cámara mortuoria.

Y LA VIDA SIGUE...

Un año después de la muerte del tío Chris, tía Trina y Peter Thorkelson, el de las Pompas fúnebres, contrajeron matrimonio. Y un año más tarde su hogar se veía alegrado por la presencia de un hijo.

Trina y Peter lo contemplaban, emocionados, en su pequeño coche. Los dos esposos, como dos novios, se hallaban sentados en uno de los bancos del jardín público.

—¿Quién es el niño noruego más bonito de todo San Francisco?—preguntaba, arrobada, la madre.

—El nuestro, Trina. Miralo, ¡se ha dormido!

Y tras una breve pausa y como si quisiera desahogar su espíritu descubriendo un secreto a su esposa, exclamó:

—¡Trina!... ¿Sabes qué es el próximo jueves?

—Nuestro aniversario.

—¿Y qué te parecería si diésemos una pequeña fiesta? Creo que es hora de que vayas figurando en sociedad.

A Trina le gustó mucho la idea de su marido, e ingenuamente iba exponiendo su plan para aquel día:

—¿Qué te parece si preparásemos un poco de helado y unos

pasteles para las señoras y... café, desde luego, y... quizá un poco de vino para los caballeros...?

—¿Vino de Oporto?

—Sí, un poquito. Tú lo podrías traer ya preparado y servido en los vasitos, y Jenny y Sigrid me ayudarían a servir el helado y los dulces.

—No, Trina; tú tendrías además alguien que te ayude en la cocina.

—¿Quieres decir una criada? ¡Oh, Peter! Pero si nosotras nunca hemos podido... ¿No te estarás burlando de mí? ¡Oh, no...!

—Trina; hay... hay algo que me gustaría decirte. Yo no tengo gran facilidad de expresión de mí... vaya de mis sentimientos, pero quiero que sepas que no solamente te quiero mucho, sino que también estoy muy orgulloso de ti. Y deseo para ti lo mejor de todo, mientras yo lo pueda conseguir. Y ahora es mi deseo que tengas una criada.

—¡Oh, Peter!

* * *

El señor Hanson trabajaba sin cesar. El Banco pequeñito de la casa estaba tan lleno como nunca lo habían visto, pero a pesar de eso siempre imperaba el orden y la economía. Nels, el hijo mayor, había podido continuar sus estudios superiores para llegar a ser médico; la pequeña se proponía estudiar también; Katrin seguía siendo escritora.

Una noche Dagmar manifestó a sus padres su deseo de hacerse veterinaria.

—¿Veterinaria?—exclamó, extrañada, la señora Hanson.

Pero la lógica de la pequeña Dagmar era clara. Quería ser veterinaria por una importante razón; por la de que en el mundo hay muchos más animales que personas, y sin embargo, hay más doctores que veterinarios. Y, naturalmente, los animales están más desatendidos que las personas.

—¿No te parece, mamá, que tengo razón? Y a lo mejor hasta nosotros podríamos tener un caballito, quizá un poney.

—¿Un poney?—exclamó papá—. ¿Y qué harás luego con él, cuando crezca y se haga todo un caballo?

—¡Oh, papá!... Eso no lo tengo pensado todavía.

Mientras se desarrollaba este ingenuo diálogo, entró en el comedor la hija mayor, Katrin.

—Mamá—exclamó con la cortesía reflejada en el rostro—, no quiero ir más a esa academia.

—¿Y por qué no, hija?

—Porque es gastar dinero inútilmente. Yo sólo iba a ella para llegar a ser escritora. Pues bien, no lo será.

—Katrin, ¿es por esa carta por lo que dices eso? ¿Es que te han devuelto algún trabajo?

—Sí, mamá; ésta es la quinta vez. Y era lo mejor que había escrito.

—¿Y qué dicen de eso los profesores?

—¡Oh, los profesores no saben nada de escribir! Sólo saben cosas de literatura.

En aquel momento intervino papá, para decir que la noche anterior había leído un artículo en el periódico que había guardado para ella. En dicho artículo una famosa escritora daba la clave del éxito literario.

—¿Una famosa escritora? ¿Quién será?—preguntó Katrin.

—Es una señora gruesa... viene también su retrato en el periódico. Se llama, se llama...

Papá Hanson no se acordaba del nombre de la escritora, y salió en busca del periódico. En efecto, se trataba de una escritora gorda, de Florence Dana Moorhead.

—¿La has oído nombrar, hija?

—Sí, desde luego, es conocida y ha tenido grandes éxitos.

—¿Y cuál es, según ella, la clave del éxito?—preguntó, interesada, mamá Hanson.

—Pues dice... Katrin, más vale que lo leas tú.

Katrin cogió el periódico y leyó:

«Florence Dana Moorhead, célebre novelista y escritora de no-

veías cortas. —Entrevistada hoy en sus habitaciones del Fairmont, indicó que la sinceridad es la cualidad esencial para que un escritor tenga éxito.»

—Oye, Katrin—sugirió su mamá—. Y si tú le enviases tus trabajos a esa señora, ¿no querría ella indicarte lo que haya de malo en ellos?

—¡Oh, mamá, no seas tonta!

—¿Por qué lo dices?

—Sencillamente, porque se trata de una persona importante, de una celebridad, y ni siquiera los leería. Y en segundo lugar, tú piensas que escribir es... pues como guisar o algo así, que sólo hay que ajustarse a una receta. No, no, es mucho más que todo eso. Hay que tener un don especial.

—También hay que tener un don especial para la cocina.

—Pero es que hay cosas que no pueden aprenderse si no se mira bien. Yo no tengo ese don. Por lo tanto, papá, si has terminado con el periódico, déjame ver la sección de bolsa de trabajo por si puedo encontrar colocación.

Pero mamá Hanson, segura de las facultades literarias de su hija, no cedía. Quería saber cuánto la famosa escritora Dana Moorhead decía.

—No mucho más, mamá—respondió Nels, el hijo mayor—. El resto se refiere a su casa y costumbres. Dice que aparte de la literatura, su principal interés es la gastronomía. «Vale tanto —dice la escritora— un buen soufflé hecho con cuidado por una cocinera, como una novela corta, y tanta importancia puede tener una nueva receta de cocina, como una primera edición».

KATRIN, ESCRITORA

Sin decir nada a su hija, la señora Hanson se fué al Hotel Fairmont, donde se hospedaba la escritora Dana Moorhead.

Una vez introducida en su gabinete, mamá Hanson expuso a la señora Moorhead que su hija Katrin quería ser escritora. Le llevaba algunos de sus trabajos para que ella los leyera y diese su opinión.

—Perdone, señora—se excusó la novelista—; pero estoy muy ocupada. Me marchó de San Francisco esta misma tarde.

—¡Oh, si yo pudiera hablarle sólo uno o dos minutos!—suplicó mamá Hanson.

—Lo siento—insistió Dana Moorhead—; pero tengo por regla no leer ningún original que no haya sido publicado.

Pero la señora Hanson no quería desaprovechar la ocasión de hallarse ante una escritora reputada que tantos y tan buenos consejos podía dar a su hija Katrin. Y hábilmente dió un nuevo giro a la conversación para interesar a la novelista.

—Se decía también en el periódico que usted coleccionaba recetas de cocina.

—Es verdad. Y he escrito varios libros sobre el arte culinario.

—A mí me interesa también mucho la gastronomía—insistió,

ya más animada, la señora Hanson—. Soy muy aficionada a la cocina. Mis preferencias son hacia los platos noruegos. Ltefish, Kjodholler, es decir, albóndigas con salsa de crema.

La señora Dana Moorhead las conocía, pues las comió en Cristianía. Eso iba bien para mamá Hanson, quien dijo a la novelista que ella poseía una receta especial para los Kjodboller. Era una receta que le dió su madre, gran cocinera; una receta que ella nunca enseñó, ni siquiera a sus hermanas. De todos modos estaba dispuesta a enseñarla a la señora Moorhead. A la novelista le interesaba mucho la conversación, y se sentó, rogando a mamá Hanson que hiciera lo mismo.

—¿Y dice usted que tiene una hija que quiere escribir? Dígame: ¿escribe o sólo desea escribir?

—Escribe, escribe siempre. No es, claro está, una autora célebre, pero me parece que está en camino de serlo. He traído algún cuento suyo. Mejor dicho, traigo doce.

—¿Doce?—exclamó asustada la novelista.

—Es por... por si usted pudiera leer alguno. Para saber si alguien es buen cocinero, no hay necesidad de tomar muchos platos.

—Veo, señora, que es usted muy persuasiva y muy convincente. ¿Y cómo es que su hija no ha venido ella misma?

—¡Oh, señora!, es algo tímida. Y además, tenía miedo de usted. Usted es una celebridad. Pero yo vi su retrato en el periódico.

—¡Ese espantoso retrato!—exclamó, horrorizada, la señora Dana Moorhead—. Parece el retrato de una señora a la que sólo gusta comer bien. Y a propósito de comer bien, hablemos de las Kjodboller.

—Pues, cuando se hacen las albóndigas hay que tenerlas luego hirviendo en un cacharro, pero sin agua. Este es uno de los secretos. Y la salsa de crema es otro de los secretos. Es una composición especial que se añade al final. Hay que triturar la masa nada menos que seis veces, y entonces hay que... Verá, yo le escribiré a usted eso. Y mientras yo escribo, usted puede leer una novelita de mi hija.

Así hicieron las dos mujeres.

Satisfecha, salió mamá Hanson de la habitación del Hotel Fairmont, donde estaba alojada Mrs. Moorhead, para dirigirse a su casa.

En aquellos momentos Katrin, en su ático, iba rompiendo sus trabajos literarios. Era su triste y doloroso adiós a su arte literario. Pero cuando se hallaba en esa penosa tarea, Katrin oyó la voz de su mamá que, al pie de la escalera, la llamaba:

—Katrin, ¿Estás escribiendo?

—No, mamá. Ya he terminado con eso.

—¿Has terminado, dices? Pero si es de eso de lo que yo quería hablarte.

—No te preocupes, mamá—gritó Katrin desde arriba— Terminé de veras. He estado rompiendo esta tarde todas mis novelas. Sólo que no encuentro casi la mitad de ellas.

—Las tengo yo, Katrin.

—Entonces, ¿las cogiste tú? ¿Para qué?

Katrin bajó apresuradamente las escaleras. Una vez en presencia de su mamá, supo que ésta había estado a visitar a Miss Florence Dana Moorhead, a la que había llevado varios de sus cuentos.

—Ha leído cinco de ellos. He estado dos horas con ella. Y hemos tomado una copa de Jerez. No una, dos copas de Jerez. Y en cuanto a tus cuentos, ha dicho que no están tan bien.

—Eso ya lo sabía todo. No valía la pena de tomarse ese trabajo, sólo para oír eso.

—Sí, hija mía; valía la pena, porque me ha dicho algo más. ¿Querías escucharme, Katrin?

—Claro, mamá.

—Pues me ha dicho que tú escribes ahora sólo por lo que has leído en otros libros; que durante mucho tiempo también ella escribió mal, de cosas y personas de tiempos pasados, hasta que un día recordó de algo que había ocurrido en su propia ciudad. Y sintió que tenía que decirlo, y así fué cómo consiguió su primer buen trabajo. Dice que tú deberías escribir acerca de algo que tú conozcas.

Katrin reconoció que eso también se lo había dicho su maestra.

—Tu maestra tenía razón, Katrin. La señora Moorhead me ha aconsejado que sigas escribiendo; dice que tienes el don para ello. Y que cuando hayas escrito algo que sea real y cierto, que lo envíes a unas señas que me ha dado. Se trata de su agente, y ella te recomendará. Mira.

Y sacó un papelito de su bolso. Pero no, aquello era la receta de uno de los platos que preparaba su abuela. Sacó luego otro papel. Aquél era.

—¿Puede ayudarte, Katrin, lo que acabo de decirte?

—Sí; yo creo que sí, un poco. Pero... es que yo no he estado en ningún sitio, ni he visto nunca nada.

—Pero, a lo mejor—respondió su madre, más optimista que ella— puedes escribir sobre San Francisco. Es una ciudad muy bonita. Miss Moorhead escribió cosas de su pueblo.

—Sí, ya sé; pero hay que tener un carácter, un tipo central... Ella se refería a su abuelo. Era un hombre maravilloso.

—¿Y por qué no podrías escribir algo sobre tu papá?

—¿Papá?

—Sí; papá es también un ser maravilloso. Me gustaría que escribieras algo sobre papá.

Y la señora Harmon dejó a su hija Katrin sumergida en un mar de confusiones y de ideas, mientras ella, satisfecha de haber podido ayudar en algo a la futura escritora, se marchó a preparar la cocina, porque aquella noche papá tenía que ir a trabajar. En la puerta se volvió para mirar a su hija, y repetir como un eco:

—Me gustaría que escribieras algo sobre papá.

* * *

Pocos días después llegaba el cartero con un sobre certificado. Katrin lo recibió. La carta procedía de la Agencia de Librería Stewart, 467, Madison Ave. New York City.

¿Qué diría la carta? Aquella era la agencia a la que Katrin

había mandado sus novelas, por indicación, dada a su madre, por la escritora Dana Moorhead. Le devolverían sin duda sus trabajos por impublicables. Ante este temor y para evitar su confusión ante sus padres y sus hermanos, Katrin subió apresuradamente las escaleras para quedarse sola en el ático.

Pero la carta no era una devolución de sus novelas. En ella el editor le comunicaba que adquiría su novela. Katrin dio un grito de júbilo, y bajó corriendo la escalera:

—¡Mamá ¡Mamá! ¡He vendido una novela!

—¿Una novela?

—Sí — contestó con visible emoción la muchacha —. Aquí tengo una carta del agente con un cheque de quinientos dólares.

—¿No bromeas? —intervino Nels.

—¡Es la cosa de más suerte que he visto en diez años! —murmuró papá.

—Aquí está, aquí está la carta. A lo mejor no la he leído bien del todo.

—¿Y qué vas a hacer ahora con quinientos dólares? —preguntó Cristina.

—Eso no lo sé. Pero por lo pronto compraré a mamá su famosa rebeca. De eso sí que estoy segura.

—Las rebecas no cuestan quinientos dólares.

Katrin lo sabía. Y pensaba poner lo que sobraba en el Banco. Lo harían rápidamente antes de que el editor se arrepintiera y anulara el cheque.

—¿Quieres, mamá? ¿Quieres llevártelo tú misma mañana por la mañana al Banco?

Su madre no contestó. Quedó pensativa, su aspecto era algo raro. Katrin lo observó y le preguntó qué le pasaba. Mamá no sabía cómo ir al Banco, no sabía cómo se presentan los cheques.

—Basta que lo des al empleado de la ventanilla y decirle que es para tu cuenta, como haces siempre.

Los dos esposos se miraron, y los dos pensaron lo mismo: que era mejor decir la verdad a sus hijos: que no existía tal cuenta en el Banco, que nunca en su vida habían tenido nada guardado en el Banco.

—Pues siempre nos decíais... —insinuaron Katrin, Nels y Cristina a la vez.

—Ya sé, ya sé, pero no era verdad. Lo hacíamos porque consideramos que no es bueno para los pequeños vivir en alarma, no creerse seguros... Pero ahora, ya con quinientos dólares, podemos empezar a respirar.

Katrin, emocionada, abrazó a su mamá, quien, tratando de evitar su emoción, rogó a su hija que leyera lo que había escrito.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Y que lo oiga Dagmar.

Llamaron a Dagmar, que se hallaba arreglando sus conejitos en el jardín.

La pequeña se despidió de «Jo», «Mega», «Any», «Betha» y «Laurie», sus conejitos, y les rogó que fuesen buenos hasta que ella volviese.

—Y ahora—indicó la madre—estad todos quietecitos y escuchad, Katrin nos leerá lo que ha escrito. Siéntate, hija, en la silla de Mr. Hyde. ¿Cómo se llama tu trabajo?

—Se llama «Mamá y el hospital».

—¿Has escrito algo sobre mamá?—preguntó papá Hanson—. ¡Magnífico!

—¿Estáis atentos todos?

—Sí, hija, ya te escuchamos.

Katrin empezó su lectura.

«La casa de Larkin Street Hill, ha sido siempre nuestra morada. Papá y mamá habían nacido ambos en Noruega, pero vinieron a San Francisco porque aquí estaban las hermanas de mi mamá. Todos nosotros hemos nacido aquí: Nels, el mayor y el único varón, mi hermana Cristina, y la hermanita más pequeña, Dagmar.

—¿También yo estoy en el cuento?—interrumpió, maravillada, la pequeña.

Katrin sonrió dulcemente y continuó su relato:

«Cuando miro hacia atrás, diecinueve años parecen sólo un día. Recuerdo las noches del sábado cuando mamá acostumbraba a reunirnos a toda la familia. Recuerdo al señor Hyde, a la que-

rida tía Trina y al tío Chris. Pero antes y sobre todo a quien recuerdo más es a mamá. Recuerdo como cada sábado por la noche, ella se sentaba a la mesa de la cocina y contaba el dinero que papá había traído a casa en un pequeño sobrecito. Se hacían varios apartados. «Para el casero», decía mamá, apilando unas monedas de plata. «Para el tendero», otro grupito de monedas. Al final, papá preguntaba: «¿Está todo?» Mamá le miraba y sonreía: «Muy bien, murmuraba. ¡No tenemos que acudir al Banco!»...

FIN

BIBLIOTECA CINE NACIONAL 2 ptas.

¡Me quiero!... ¡No quiero...	José Basiera
Ud. tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Son tres hermanas	Luisa Cergallo
Bohemia	Enile Alaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hilos de la noche	Miguel Ligeró
La última falta	Miguel Ligeró
Martingale	Nino Martorella
Ráptame usted	Celia Gómez
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
¡ai-ai!	Inés del Val
¿Quién me compra un fió?	Maruja Tondá
Finconito madrileño	P. G. Valázquez
La reina mora	Pedro Terol
Maria de la O	Carmen Amaya
Alas de paz	Lys Valois

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

La arlesiana	Raimu
Marius	Richard Dix
Manchuria	Gloria Swanson
Indiscreta	Brigitte Helm
Una de nosotros	Etienne Kayenne
El collar de la reina	Cecilia Horn
Moral y amor	Cary Grant
Casino del mar	M. Chevalier
El caballero del Folies	E. G. Robinson
Paseo a la fama	Carmen Guerrero
Maria Elena (Flor de fuego)	Wynne Gibson
El sobre lacrado	Charles Collins
El bailarín pirata	Actaira - Rogers
Sigamos la nota	Lil Dagover
Mamá se casa	Robert Taylor
Melodía Broadway 1936	Cord Raymond
Apuesta de amor	Warren William
La vuelta de A. Lupin	Gino Cervi
Héctor Pírramos	Lili Pons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Seputada en vida	K. Hepburn
Damas del teatro	Zasu Pitts
El defectivo y su compaña	Joan Fontaine
Señorita en desgracia	Kate de Nagy
Una aventura de Le Pompadour	Berni Karloff
El poder invisible	Willy Birgel
Melodía rosa	Ann Sothern
Capido sin madre	Paula Wessely
Maria Elena	Clive Brook
El caso Vane	Joan Fontaine
La quimera de Hollywood	Heinz Rühman
Los tres vagabundos	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

El rey soldado	Emil Jennings
El malvado Carabel	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Ronald Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Carmen la de Triana	I. Argentina
Melodía de arribal	Argentino-Carcel
La Millona	R. de Sentmenat
El sobre lacrado	Luisa Cergallo
Sespiyas de España	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Ramón Pareda
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Misterio en la mariana	Tony D'Alay
Roses de otoño	M. P. Ladrón G.
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Isotta Hernán
Un enredo de familia	Mercedes Vacino
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Luchv Soto
Mi enemigo y yo	Luis Prendes
Y tú ¿quién eres?	Olvido Guzmán
Una mujer en un taxi	Silvia Morgan
Una herencia en París	F. Bécquer
Empués en boda	Sara Montiel

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Saba «Toomay de los Elefantos»	Michael Redgrave
Tu cambiarás de vida	Danielle Darrieux
Una chica insuperable	Ann Harding
Mortal sugestión	Dolores del Río
Acusada	Judy Kelly
El misterio de Villa Rosa	Greta Oyn
Albergue nocturno	Claude Borghon
Las dos niñas de París	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	Mickey Rooney
Las vacaciones del juez Harvey	Cary Grant
La última avanzada	G. Carbo - Taylor
Margarita Gautier	Mickey Rooney
Forja de hombres	
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El pequeño lord	F. Bartholomew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el expreso	Michael Redgrave
Los dos pilotes	Jacques Teyll
Pygmalion	Ledie Howard

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Coldada con la que ha- ce	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día de mi quierzo	Charles Cardiel
Maria Estuardo	K. Hepburn
Lo prefiero millonario	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jimmy Lugo
El hombre del Níger	Victor Francen
Estruendo en luna de miel	Hugh Sinclair
Presto dorado	Gable - Colbert
Andrés Harvey, rectorio	Mickey Rooney
El secreto del marqués	Amando Escorial
Irma	Ana Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	F. Bartholomew
El valle del sol	E. Craig, L. Ball, A. Moreno
Quien conquista es la mujer	M. Hopkins
Casados sin caso	Meriue-P. Negri
La mujer de las dos ca- sas	Greta Garbo
Luna llena	J. MacDonald
La boca radiante	Joan Crawford
El signo de la cruz	Friedrich March
Cuando ellas se encuen- tran	Joan Crawford
El rapto de Laura	Joan Fontaine
Una chica se divierte	Joan Arthur
El Club 400	Anna Shirley
Una mujer endiablada	Lupe Vélez
La vuelta del Rano Ba- sada en la novela de Edgar Wallace	Victor MacLaglen
El gran jefe	Fernando Soler
Cuando los hijos se van	Ronald Colman
Otra vez más	Diana Durbin
La hermanita del ma- yordomo	William Holden
Juventud ambiciosa	Ch. Laughlin
El espiachoso	Diana Barrimore
Matrimonio de inconve- niencia	Joan Arthur
Una chica afortunada	Diana Durbin
La dama del tren	Ira Miranda
Documento 2, 3	C. Colbert
Zorá	

«Nueva serie» 3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carral
Raíces infernales	John Wayne
Hombres intrépidos	John Wayne
Kit Carson	John Hall
La ruta del Este	John Ayer
¿Crimen o suicidio?	Paul Kelly
¿Qué lindo es Michoa- cán!	Tito Guizar

«Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiere un mos- cano	
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Bandera	Jorge Negrete
Perjuza	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biogra- fia)	Jorge Negrete
La cámara diabólica (1.ª parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2.ª parte)	Flash Gordon
La Dolorosa	Arturo Godoy
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novia está loco	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te rajés! También somos seres humanos	Jorge Negrete Burgess Meredith
La venganza de Lagar- dara	Jorge Negrete
Camino de sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Extraña mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo
Mosquita Clara	Evita Muñoz (Chachita)
Montecassino	Ubaldo Lay

«Serie especial» 4 ptas.

El Ametrallador	Pedro Infante
¡Viva mi desgracia!	Pedro Infante
Como México no hay dos	Tito Guizar
7	Sil Jarrow

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial» 4 ptas.

Don Quijote de la Man- cha	Rafael Rivelles
---	-----------------

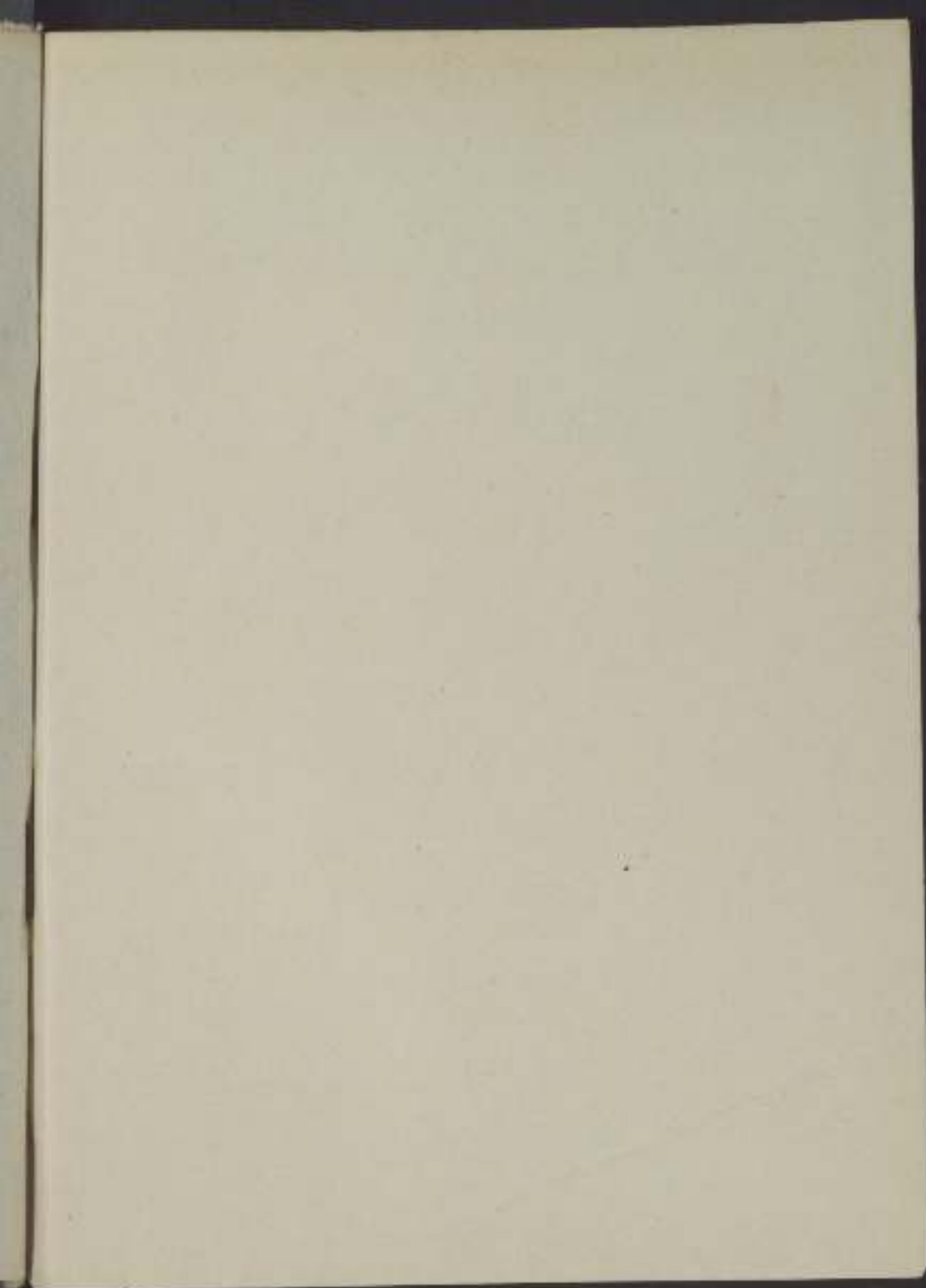
SELECCION BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Tomás - Medina
Noche de engaño	A. Nazzari
Cautivo del Jese	Leslie Howard
Flores de espinos y proge- nes de Albaicín	Gracia de Triana
Tú Regarás	Roberto Rey
Buenas noches	Maria L. Casanova
Otón	Roberto Rey

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Charles Boyer (Colec- ción de 8 postales)	75 cént.
--	----------



P3-71
Ultimas Novedades
de

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



4 Ptas.

- | | |
|-------------------------|------------------|
| Hombres de presa | John Wayne |
| El mundo celestial | Hedy Lamarr |
| El ahijado de la muerte | Jorge Negrete |
| Los tres García | Pedro Infante |
| El Verdugo | Margarita Andrey |
| Noche eterna | Henry Fonda |
| Pasión que redime | Hedy Lamarr |
| Nunca la olvidaré | Irene Dunne |
| Noche y día | Gary Grant |
| El Barco de la Muerte | Glenn Ford |